

HISTORIAS DEL MAR

X. GALARRETA



Orpheus, J. Delville

Título Original: «Itasoko Istorioak» eta «Itasargiko Misterioa»

© Marjinalia Bilduma

© Xabier Galarreta

1996. urtea (iraila)

Zuzenketak: X.G. eta I.M.

Legezko Gordailua: SS-269/99

BREVE INTRODUCCION

En este libro se recogen un total de seis cuentos, cuyo eje principal es el mar. Estas seis historias marinas fueron publicadas por la Editorial Erein en dos libros diferentes, ambos pertenecientes a la colección «Auskalo». El primero de ellos salió a la luz el año 1994 bajo el título «Itsasoko Istorioak»; mientras que el segundo lo haría este mismo año, es decir, en 1996 y con el título de «Itsasargiko Misterioa». La traducción ha sido realizada por el autor.

«EL CAPITAN»

Con el transcurso inevitable del tiempo, pudimos saber con toda clase de detalles cómo tuvo lugar la pérdida del viejo velero conocido con el nombre de «Virgen del Mar». Y aunque la noticia de la abominable muerte violenta de «El Capitán» conmovió a toda la población de Puerto Alegre —o, al menos, a la población de raza blanca—, debido a la mala fama que «El Capitán» arrastraba consigo, nadie —podría afirmarse— quedó de manera especial sorprendido por la trágica noticia.

Gracias a Kung-Toto, un marinero de raza negra que logró salir con vida del naufragio, se pudo llegar a saber que todo ocurrió a plena noche, en medio de una pavorosa tempestad en la que no faltó la voz del trueno y el espectáculo del relámpago. Así pues, tal y como sucede con la maldad hecha realidad ante nuestros ojos, así en aquella ocasión fueron saliendo a la luz los hechos que hacen mención a esta tragedia, relatados siempre de labios de Kung-Toto, mas también escuchados en boca del cocinero chino Minokichi, quien precisamente fue el segundo y el último marinero que vivió para contarlos. Todos los demás, en total treinta y tres hombres, acabaron para siempre en el fondo del mar. Incluido, claro está, «El Capitán».

«El Capitán» era más bien hombre de mala catadura, y a pesar de tener ya una cierta edad, se hallaba todavía lejos de la vejez. Era de esa clase de

personas que, según suele decirse, siempre tuvieron la cabeza llena de pájaros. Vestía con ropas que causaban la absoluta aprobación de la marinería: camiseta de color blanco y azul con una ancla dibujada a la altura del pecho, gorra de fieltro grueso con visera incluida, chaqueta azul marino a juego con el resto... Estaba echado al vicio de la bebida, y una vez empapado en ron, la sangre se le subía a la cabeza, llegando a ser capaz en ese estado de realizar cualquier tipo de barrabasada. En opinión de algunos, el capitán José María (pues éste era su nombre de pila) se hablaba a sí mismo de Vd., dando a entender que se sobreestimaba en demasía. Los chascarrillos eran incontables en el bello y civilizado pueblito de Puerto Alegre.

—Según he podido saber de buena fuente, «El Capitán» —así lo llamaba todo el mundo— proviene de un pequeño y viejo pueblo de Europa...

—Sí, es vasco. Ha habido muchos vascos en estas tierras, así es...

Sin embargo, lo único que sabían de él era su lugar de origen. Y no les resultaba sencillo —¡en absoluto!— saber algo más acerca de su persona, ya que el pasado de «El Capitán» parecía estar cubierto por una gruesa, sombría e inescrutable cortina de niebla. Es por ello que al primer curioso que se le acercara le respondía siempre con evasivas y titubeos; y en efecto, si no era para hablar sobre algún flete, en un «amén Jesús» ya había enviado al «fastidioso entrometido» literalmente a hacer gárgaras.

Como los suyos eran los fletes más baratos del lugar, los demás capitanes de la mercante le miraban con el ceño fruncido y cara de pocos amigos. Aunque

la razón de que sus precios fuesen tan reducidos no obedecía sino a una sencilla explicación: tenía la peor tripulación que pueda imaginarse.

Cuatro días antes del desastre, a «El Capitán» se le vio con frecuencia atravesar las calles del pueblo dando tumbos y eses: en esos cuatro días no había dejado ni un instante de beber como un cosaco, aquí y allá, en la taberna más piojosa del puerto o en el bar más lujoso y pulcro «de los blancos» (porque en el Puerto Alegre de aquella época los hombres y mujeres de raza blanca tenían sus propios lugares de reunión, en los cuales la entrada estaba prohibida a los hombres y mujeres de raza negra), hasta que al anochecer regresaba a su cochambroso navío, balanceándose de forma grotesca, impulsando la pequeña lancha de atrás hacia adelante, con un chapoteo estrepitoso de remos.

—Está hecho a la vieja ley y usanza. Es un decrepito del que nunca saldrá nada bueno — comentaba Doña Rosario de Jiménez llevándose la taza de té a los labios—. A decir verdad, no sé cómo se le permite seguir siendo capitán de ese barco que, por cierto, está en un estado más ruinoso incluso que él mismo —y pronunciadas esas palabras, lanzaba una mirada irritada a su marido, el gobernador de Puerto Alegre, que procuraba hacer oídos sordos a las insinuaciones de su esposa.

Aquél capitán llegado de algún lugar del País Vasco acostumbraba a aparecer sobre todo hacia el anochecer, cuando el calor del día se mezclaba ya con la frescura de la noche. Luego de pasarse al menos veinte años comportándose de la misma manera, fuese día laboral o fiesta de guardar, el hecho de haber

variado sus costumbres durante los cuatro mencionados días no podía ser cosa que pudiera pasar desapercibida entre los lugareños. Y de allí a poco, así habrían de recordarlo algunas voces en Puerto Alegre. Porque no sólo estaban aquellos chismorreos, esparcidos de casa en casa y de chiringuito en chiringuito hasta formar una gruesa y enorme telaraña, sino que además fueron también saliendo a la luz determinados pormenores, uno de los cuales —tal vez el más notorio— se tratase del siguiente: en el puerto, parece ser que fue visto en compañía de una mujer blanca que le acariciaba el rostro. Ello sucedió tres días antes del infortunado día en que se hicieron a la mar. ¿Pero quién era aquella mujer? Según pudo saberse sin género alguno de dudas, ella no era del lugar: en Puerto Alegre todo el mundo conocía a todo el mundo. Además, aún queda otro detalle que merece la pena mencionar: mientras paseaba con aquella mujer, «El Capitán» parecía un hombre feliz. Seguramente alguien pensará que son éstos detalles sin relevancia, pero si tenemos en cuenta que nadie en Puerto Alegre había visto nunca «feliz» a «El Capitán», en tal caso hay que admitir que no es un comentario frívolo ni de segundo orden, sino por el contrario digno de tener en cuenta en el hilo de nuestra narración. A pesar de todo, también los había quienes limitaban el asunto de «El Capitán» a su síntesis más sencilla y elemental:

—A «El Capitán» le hace falta una buena cura de sueño, y nada más —solían decir algunos con más o menos buena intención (más mala que buena).

Entre estos últimos, cómo no, se encontraba Doña Rosario de Jiménez, esposa del gobernador de

Puerto Alegre.

—Yo —comentaba la esposa del gobernador—, incluso a pesar mío, debo confesar que me alegro de cómo han acabado las cosas. Porque a «El Capitán» se le dijo de muy buenas maneras, cuando todavía estaba vivo y no demasiado echado a perder, que entrara a formar parte de nuestra sociedad. Tuvo en sus manos ser miembro de nuestra sociedad blanca, aquí, en el lugar, y se le invitó a ello con todo nuestro corazón.

—Dices bien, cariño mío. Nosotros le dijimos que-

—¿Pero vas a dejarme hablar? —le tomó la palabra a su esposo, el gobernador—. Tal y como estaba diciendo, «El Capitán» debió haber aceptado con el corazón en la mano nuestra generosa proposición.

—Ha empezado a refrescar —dijo el gobernador cambiando de tema—. Toda esta conversación me ha abierto el apetito. ¡Entremos dentro! —añadió poniéndose en pie y dando a sus palabras un cierto tono de mando.

«El Capitán» siempre llevaba ceñida a la cintura una pistola, y a quienes le preguntaban por la razón de ir armado les respondía lacónico: «Nunca se sabe». En cierta ocasión, un hombre de raza negra miembro de la tripulación de su barco le preguntó, malicioso:

—¿No se fía de nosotros, Capitán?

Y «El Capitán», lanzando una carcajada hueca y amenazante, respondió:

—Puede que sí y puede que no, marinero.

Tal y como se ha dicho, «El Capitán» era de temperamento agrio en extremo, y al primero que le viniera con halagos y embustes lo apartaba de inmediato lejos de sí sin demasiadas contemplaciones. Es por ello que ninguno de los salvadores enviados por la sociedad de Puerto Alegre consiguió jamás éxito alguno en su intento de convertir a «El Capitán» en uno de los suyos. Y no sólo eso: aquellos mensajeros a los que se les encomendó la tarea de traer a «El Capitán» al buen camino hubieron de escuchar del indómito capitán palabras que mejor las omitimos en esta narración, contándose entre dichos mensajeros la propia esposa del gobernador, nada más y nada menos que Doña Rosario de Jiménez. Y las mujeres como ella, siendo los seres más dispuestos a guardar en su seno el odio más profundo e inextinguible que se pueda imaginar contra un hombre, aún no estaban frías las sábanas y ya se dedicaban a despotricar sin descanso en contra de «El Capitán». En efecto, éste era para ellas un extraño fenómeno que además de sobrepasar su capacidad de comprensión, no acertaban tampoco a explicarse, si bien es verdad que también constituía el único misterio que, por otra parte, necesitaban para llenar el vacío insustancial de sus vidas. Admitamos, de todas maneras, que en el caso de Doña Rosario de Jiménez el caso era algo distinto, ya que la mencionada señora sentía la apremiante necesidad de luchar contra algo, contra alguien, a fin de ofrecer así una suerte de vía escapatoria a su aguzada personalidad de claro talante autoritario. «El Capitán», por ende, era de los pocos que se habían atrevido a dejarla no sólo con la palabra en la boca,

sino también a despreciarla públicamente. Y ella era Doña Rosario de Jiménez, nada más y nada menos que la esposa del gobernador. Por otro lado, conocía a la perfección el poder que ejercía sobre su marido, gobernador de Puerto Alegre, un gañapo sin personalidad a quien tenía prácticamente en sus manos.

—¿Por quién me ha tomado ese hombre? ¿Pretende acaso hacerle sombra a la esposa del propio gobernador? —repetía una y otra vez Doña Rosario de Jiménez sin cesar de agitar el abanico—. Con mucho tiempo deberá andarse ese capitán conmigo. ¡Puede estar seguro!

De hecho, «El Capitán» siempre estaba dando excusas cada vez que alguien le invitaba a alguna fiesta organizada por la sociedad blanca de Puerto Alegre. Y tantas veces había llegado a repetir sus disculpas y pretextos que ya nadie se «los tragaba», haciendo nuestra esa vulgar expresión que tantas veces solía repetir Doña Rosario de Jiménez:

—No seré yo quien *se trague* las excusas de ese embustero y falaz capitán —solía decir.

Aparte de todos estos defectos, había algo que redondeaba y ensombrecía todavía más —si cabe— la figura de «El Capitán»: era avaro hasta el alma. Así que, imagine el lector los bienes y males que pueda acarrear una mala tripulación, y añádale a ello un sueldo escaso. Tal y como solía decir Doña Rosario de Jiménez, «ese hombre no sabe lo que es la higiene mental», siempre acerca de «El Capitán», por supuesto.

Aun cuando «El Capitán» se esforzaba por sacar conclusiones de cualquier cosa que pudiera

sucederle, estaba condenado, pese a todo, a permanecer en su irremediable falta de adaptación. Mas no resignado, ni condescendiente, sino que desde aquella actitud obscena suya que mostraba al mundo los mantenía a todos en un constante desafío, batallando sin descanso en contra de todo lo que los demás representaban —sin llegar a entender que no tenía causa alguna por la que batallar.

Cuando bebía, «El Capitán» tomaba el camino que llevaba a los burdeles de Puerto Alegre, y una vez en el interior de cualquiera de ellos, «si puedes, elige la mejor» solía pensar con grosería, para a continuación perderse en los sucios reservados del piso superior, en compañía de alguna soberbia mujer de raza negra. Esto, para «El Capitán», era una especie de rito, habiendo llegado incluso a convertirse en el único medio del que disponía para relacionarse con la comunidad. Aunque no era violento con las mujeres, en cierta ocasión poco faltó para que acabara con sus huesos en la cárcel, acusado de haber dado malos tratos a una prostituta.

Pero, ¿cuál era el secreto que en el pasado de «El Capitán» permanecía oculto? ¿alguna historia imposible de revelar?... Porque, en aquél capitán llegado de un lugar tan remoto, aun a pesar del ancestral aislamiento que le rodeaba, ¡tenía que haber por fuerza algún resto de sensibilidad! A no ser que en él se hallase el comienzo involutivo de una humanidad condenada al fracaso.

«El Capitán» era zurdo, lo cual causaba gran admiración entre los miembros de su tripulación, sobre todo entre la tripulación de raza negra. Amén de ello,

tenía un *tic* que le afectaba también al ojo izquierdo, y que se evidenciaba con un temblor periódico y un tanto patético. En cuanto a su rostro, ni que decir tiene que era hombre de mal semblante en extremo; y con aquella barba que le crecía abundante y desordenada, su aspecto salvaje se acrecentaba de modo considerable, trayendo a la memoria la figura de uno de aquellos jesuitas escapados del desastre de alguna guerra carlista, allá, en su remoto origen.

A casi todos los viejos capitanes les cuesta hacerse a la mar; nuestro capitán, por el contrario, siempre estaba ansioso por desatracar. Y de tal manera solía estarlo, que, en cuanto conseguía el primer flete sin importancia, en un decir Jesús soltaba amarras y ponía rumbo a mar abierto, con frecuencia ganando justo-justo los costes de la travesía.

Alguno había llegado a insinuar que «El Capitán» en cierta ocasión había tenido un naufragio y que, al tratarse de un barco de pasajeros, muchos de ellos habían perecido en el hundimiento. Y el sentimiento de responsabilidad de esa tragedia explicaría —al menos, entre los que así opinaban— el sombrío carácter de nuestro capitán. Otros, sin embargo, no creían que «El Capitán» pudiera ser capaz de tener sentimientos de culpabilidad. Y entre los que así pensaban, cómo no, se hallaba Doña Rosario de Jiménez, la esposa del gobernador:

—No es más que una oveja descarriada producto de un mal cruce. ¿Sentimiento de culpabilidad *él*? ¡Ja! Como si no conociera yo a ese cabeza hueca.

Sea como fuese, nunca se pudo demostrar el

asunto del naufragio y por tanto todo quedó en pura palabrería y murmuración.

Antes ya hemos mencionado que «El Capitán» nunca reía; aunque sí emitía un sonido similar al de la risa, sonido que, en cualquier caso, poco tenía que ver con lo que la mayoría de los humanos entienden por *risa* —y así es preciso aclararlo—. Por decirlo de algún modo, tal y como las ranas hacen croac-croac, así era el sonido de la risa de «El Capitán». O cuanto menos, muy similar.

Hacía ya un tiempo, a una hora bastante avanzada de la noche, «El Capitán» habló así a un hombre que había querido burlarse de él:

—No sabes hasta qué punto te odio, pendejo de mierda. Si pudiera, te mataría aquí mismo. Pero si lo hiciera, la ley vendría a pedirme cuentas. Sólo por esta razón te dejo ir con vida.

Al día siguiente de este trivial altercado, el mismo hombre que había querido burlarse de «El Capitán» —nadie en Puerto Alegre lo había visto nunca antes, por cuanto se deduce que no era del lugar— apareció muerto, flotando su cadáver en las aguas del puerto. A pesar de que «El Capitán» pudo probar que había pasado toda la noche sin salir de la taberna, el pueblo —como siempre en estos casos— dio a los sucesos sus acostumbradas explicaciones malintencionadas, que habrían de ser, por supuesto, en perjuicio de «El Capitán», siendo la esposa del gobernador —nada más y nada menos que Doña Rosario de Jiménez— la que con mayor afán intentara ensombrecer aún más si cabe la negra fama de «El Capitán».

—Deberías enviarlo a la cárcel —le decía a su marido, gobernador de Puerto Alegre—. ¡A la cárcel!

—Pero, cariño —se excusaba el gobernador con tono plañidero—, ha podido probar al juez sin ningún asomo de duda que pasó toda la noche sin salir de la taberna. ¿Cómo voy a...?

—¡Cállate! —le interrumpía su esposa tomándole groseramente la palabra—. ¿También tú tienes que salir en su defensa?

Y el gobernador, humillando la mirada, si acaso se atrevía a murmurar algo a modo de justificación, en seguida se le encaraba ella diciendo:

—¡Haz el favor de quitarte esas palabras de la boca!

En tales ocasiones, el gobernador solía sentir una profunda y sincera simpatía —tal vez, incluso envidia— hacia «El Capitán».

El tabú y el símbolo no eran a ojos de «El Capitán» en absoluto dos conceptos distintos, o al menos él confundía ambos, lo que no tiene nada de asombroso, puesto que los objetivos que «El Capitán» había dispuesto para su vida parecían más bien estar hechos de papel, razón por la que una opresiva falta de decisión le hacían caminar por la existencia como un títere en sí mismo.

Es preciso realizar la siguiente aclaración acerca de «El Capitán»: la sucia soledad en la que transcurría su vida no le turbaba lo más mínimo; en cambio, sí que le agitaban las señales llegadas desde esa sociedad con la que convivía. Y nunca mejor dicho, pues «El Capitán», más que vivir integrado en su propia sociedad, lo que hacía era *convivir* en ella,

permanecer al lado de esa sociedad, aunque manteniéndose siempre al margen. Y si este fatal vivir distante le obligaba a pasar las de Caín a lo largo de su existencia interior, era incapaz de dar con la madeja que pudiera sacarlo de aquél laberinto lóbrego e incomprensible. Los largos años transcurridos en la desesperación habían deformado su espíritu hasta tal punto, que, al contrario de la célebre novela de Kafka, daba la impresión de que le había sucedido exactamente un proceso contrario: *un día, un monstruo de aspecto nauseabundo, al despertar y abrir los ojos, constató con horror que se hallaba convertido en un ser humano*. «El Capitán», a todas luces, debía de tener un sentimiento parejo de sí mismo.

Pero el afán de comunicación nos empuja a las relaciones más absurdas. Y consecuencia de ello, con cuanta más terquedad nos oponemos a la necesidad de comunicación, la relación que de forma inevitable surgirá de esa actitud aparecerá ante nuestros ojos aún más absurda si cabe. ¡Pobre capitán! La necesidad de comunicarse había llegado a serle hasta tal punto imprescindible, que acabó dándose al mundo transformado en leyenda. No se sabe qué le pudo llevar a aquél silencio deliberado y persistente, pero en verdad que, fuese lo que fuese, debió ser algo realmente intolerable. Y tan sólo alzando la lápida del pasado podríamos llegar a tener noticias del cruel secreto que rodeaba, y condicionaba, su vida. Por desgracia, queda fuera de nuestras posibilidades realizar tal acto. Y aun cuando pudiéramos hacerlo, apenas conseguiríamos llegar a las migajas. Aunque por lo general nos sea preciso ser dueños del objeto,

para poder entender la futilidad del mismo.

En cuanto a la honradez que demostrara o no en su negocio marítimo, digamos que mantener la palabra o pasársela por alto no era cosa que le fuera a dar excesivos quebraderos de cabeza, sino que, por el contrario, actuaba siempre llevado por las circunstancias más favorables. Y una vez apalabrado el transporte de la mercancía, no es que fuera a salir huyendo con la carga y revenderla en otro puerto. En absoluto. Sin embargo, en cuanto la oportunidad le ofreciera la ocasión, encontraría el modo de engañar y estafar sin que nadie llegara a darse cuenta. «El Capitán» era astuto como un zorro. Por otro lado, toda vez que se hallaba en el mar realizando una travesía, solía ser bastante serio y sensato. Y podía vérselo en la cubierta impartiendo órdenes a su tripulación, atravesando de lado a lado el barco, desde la proa hasta la popa. Ello era así, excepto en las largas travesías marítimas, en las cuales, hallándose en plena navegación, no se apartaba ni un momento de la garrafa de ron y acostumbraba a cogerse unas impresionantes borracheras. Y así parece que lo hizo la noche del desastre.

Aquél día, el barco de «El Capitán» debía zarpar hacia la noche. Desde primeras horas de la mañana, toda la población de Puerto Alegre se hallaba bajo los efectos de un viento abrasador. En las calles sólo pululaban algunos marineros de raza negra con largos pendientes colgados de sus lóbulos grandes y carnosos, ya que los blancos y los criollos habían buscado refugio en sus casas y posadas, tratando de guarecerse del asfixiante bochorno. Alrededor del

puerto, mujeres que hacía ya tiempo habían perdido el pudor de la adolescencia —hembras voluminosas y rollizas de mirada infantil—, aguardaban amodorradas la llegada de algún cliente. Procedente de algún sitio imposible de determinar, llegaba el son de la rumba.

En las horas inmediatas a la salida al mar, «El Capitán» siempre tomaba una copa u otra en los chiringuitos cercanos al muelle. Y aquella ocasión no fue desde luego una excepción. Serían las cuatro y media de la tarde cuando hizo su aparición en el malecón del muelle la patética figura de «El Capitán», de aspecto tan lúgubre como lo era su velero anclado en la segura dársena. De las cocinas de las tabernas emanaba un fuerte olor a ajeno, pues en Puerto Alegre eran muy mañosos preparando una bebida alcohólica que llevaba de ingrediente principal dicha planta, aunque no era del gusto de «El Capitán». Sentadas en pequeños bancos de madera, mujeres envejecidas antes de tiempo se afanaban en remedar incansables las redes de pesca de sus hombres, los pescadores de Puerto Alegre. Parecían continuar una ancestral y divina costumbre. La fuerte complexión venida a menos de «El Capitán» —testimonio de que nunca pudo adaptar su salud al clima de aquellas tierras— surgió de forma súbita en el atracadero. Una de aquellas ancianas mujeres que se ocupaba en remedar las redes de pesca, en cuanto lo hubo visto, se apresuró a hacer la señal de la cruz. Al pasar junto a una mujer que estaba haciendo la calle, se pudo oír:

—Este perrito está aburrido, Capitán. ¿Quieres jugar con él?

«El Capitán» continuó hacia el dique sin

hacerle caso. Y la infeliz mujer, dolida, murmuró:

—¡Hombrecillo avaro e insignificante!

Nadie se dio cuenta de que a «El Capitán», de pura ira, se le dilataron las cavidades nasales. El continuó su camino impertérrito, desgarrando de una patada el retrato y el nombre de un panfleto que proclamaba la victoria de no se sabe bien qué elector —las elecciones de Puerto Alegre estaban a la vuelta de la esquina.

A la hora de soltar amarras, al insoportable calor que había hecho durante el día se le unió la llegada del viento sur, lo que fue considerado señal de malos augurios por la marinería, ya que los negros y mulatos —recuérdese que la mayoría de la tripulación estaba formada por hombres de raza negra— creían en una divinidad de mal agüero a la que relacionaban con el viento sur.

Pero llegados a este punto de la narración, es mejor dejar en labios del marinero negro Kung-Toto el hilo de la narración acerca de los cercanos y dramáticos acontecimientos.

«La navegación, al principio, transcurrió con normalidad. Navegamos durante tres días no demasiado lejos de la costa, sin perder de vista el paisaje que nos ofrecía la tierra volcánica de nuestros antepasados. Si no hubiera sido por el viento sur, todos hubiéramos estado muy tranquilos. El cuarto día transcurrió igual que los anteriores. «El Capitán» daba pocas aunque acertadas y precisas órdenes. En el quinto día, ocurrió algo que produjo gran inquietud en la tripulación —sobre todo, entre los marineros de raza negra—: una de las gaviotas que solían volar

alrededor apareció muerta en la cubierta del barco, con la cabeza completamente destrozada, como si la hubieran matado a golpes rabiosos. Ello nos produjo una gran miedo y malestar a nosotros, los marineros negros, ya que somos buenos conocedores de las señales enviadas por los influjos maléficos. Por esta razón, cuando al sexto día rodeamos el «Cabo de la Nada», pusimos rumbo a mar abierto llenos de preocupación y congoja, sobre todo nosotros, los negros y mulatos, porque tal y como solía decir «El Capitán»: nosotros —los marinos de raza negra— éramos crédulos y pusilánimes, dados a todo tipo de supersticiones. Aquella misma noche habría de llegarnos la segunda señal: el viento sur amainó y en su lugar una pavorosa calma se adueñó del Océano. Era como para volverse loco. El mar se convirtió en un espectáculo silencioso, mudo. De allí a poco, las primeras olas, en un principio de poca altura, comenzaron a rizar la superficie del mar.

Debido a la avaricia de «El Capitán», la tripulación vivía casi en la indigencia, y en tales momentos, es decir, cuando se avecina el peligro, el hombre de mar sin esperanza y siempre abocado a la miseria sólo trae perjuicio y daño. Además, ese ser maligno que tantas veces solía llamar «El Capitán» con el nombre de *Diablo*, bien que supo aprovecharse de la situación para sacar partido e hilvanar así una de sus odiosas intrigas: en cuanto la primera de las grandes olas golpeó el casco del viejo velero, «El Capitán» apareció en cubierta con una de las peores borracheras que jamás le había visto. Tras la primera embestida, poco faltó para que el vaivén del barco hiciera rodar a

«El Capitán» escalerillas abajo, aunque más que por la fuerza de la embestida, por causa de las altas dosis de ron ingeridas. El oleaje iba en aumento. Las olas cada vez eran más y más bravías, y daban la impresión de venir en busca de aquél capitán que había roto con la ley del mar. Mientras tanto, «El Capitán» continuaba bebiendo de la garrafa de ron, y se sumergía en un estado de estupor cada vez mayor, llegando por un momento casi a precipitarse desde el puente de mando a la cubierta inferior. Cuando despuntó el octavo día, casi ni nos dimos cuenta, hasta tal punto estaba el cielo negro y sombrío. El retumbar del trueno a lo lejos era la única voz de mando que escuchábamos. Nuestro barco zozobraba de modo tal que nos infundía pavor. Durante el transcurso del noveno día, nos vimos obligados a arrojar por la borda el grano que transportábamos, hasta tal punto era insostenible nuestra situación. La decisión de arrojar la carga al agua para liberar lastre la tomamos sin consultar siquiera con «El Capitán», quien llevaba ya dos días encerrado en su camarote sin salir ni para comer, trasegando insaciable de la garrafa de ron. El mar se había convertido para entonces en un rugido ensordecedor.

Era la noche del décimo día y sin miedo a exagerar podría decirse que cada hombre ejecutaba su tarea por su propia cuenta, sin recibir órdenes de nadie, y nos veíamos obligados a realizar un esfuerzo sobrehumano a fin de evitar que el barco se fuera a pique. Pero la conspiración había empezado. En una ocasión, bajé a la bodega y hallé a cinco marineros reunidos al contraluz de una llama, hablando entre

ellos en voz velada, casi en un susurro. Cuando me vieron, quedaron en silencio mirándome con fijeza. Y yo leí en sus ojos la traición. Me dejaron marchar porque era tartamudo, negro y un poco bobalicón. Por supuesto, en cuanto salí de allí, tenía muy claro qué se estaba tramando. Alguien acudió a «El Capitán» para informarle que habían desaparecido los cuatro fusiles del barco (en todo el barco no había más armas de fuego que aquellos cuatro viejos fusiles). «El Capitán», como devorado por la fiebre, se limitó a murmurar unas palabras ininteligibles y ni tan siquiera accedió a abrir la puerta de su camarote. Este pobre marinero negro también trató de poner sobre aviso a «El Capitán», para que al menos se apercibiera del ambiente de rebelión que se respiraba en el barco y no anduviera confiado en exceso de la tripulación, sobre todo en aquellos momentos. Todo resultó en vano; estaba completamente borracho. «El Capitán» apenas solía beber en las travesías que duraban cuatro o cinco días, pero aquél era ya... ¡el onceavo día de navegación! Yo no había visto a «El Capitán» tan borracho ni tan siquiera en tierra. Así que no tengo remordimientos de conciencia alguno, pues hice todo lo posible para intentar ponerle sobre aviso. Y cuando «El Capitán» salió de su camarote con la brújula de navegación en las manos, comprendí que el motín iba a desatarse de forma inmediata. Además, la tormenta empeoraba por instantes y ello facilitaba todavía más lo que se avecinaba, fuese lo que fuese. De todas maneras, «El Capitán» no tenía que haber arrojado por la borda la aguja de navegación. Un buen marino, al menos, no lo habría hecho. En cuanto vieron aquello,

los cabecillas del motín no tuvieron necesidad de esforzarse gran cosa para alborotar e incitar al resto de sus compañeros. Con ferocidad espantosa, como si todos se hubieran vuelto locos, se abalanzaron con furia sobre «El Capitán». Los pocos que salieron en su favor —solamente tres hombres— los arrojaron medio muertos por la borda, luego de llenarlos de plomo con los fusiles robados. Cuando recuerdo lo que le hicieron a «El Capitán», aún hoy me pregunto si acaso no lo habré soñado. Lo que este servidor de Vds. no alcanza a comprender es de dónde salieron tal cantidad de puñales, cuchillos y hachas. Pero ello no tiene ya mayor importancia. Lo único que importa es que dejaron a «El Capitán» cosido a navajazos, golpes de hacha y tiros de fusil. ¡Si al menos se hubieran conformado con su funesta acción! Pero no. Claro que no. Aquellos estúpidos y salvajes negros tuvieron también que trocear el cuerpo de «El Capitán» y... ¡¡*comérselo!*!!».

De este modo finalizó Kung-Toto su relato de los hechos. En cuanto a la versión del chino Minokichi, hasta hoy no han podido sacarle ni una sola palabra acerca de lo sucedido (excepto lo que por ley tuvo que revelar al juez encargado del caso). Y según es opinión generalizada, el hecho de que Minokichi fuera el cocinero del barco podría tener alguna relación con su obstinado mutismo.

Sin embargo, el recuerdo de «El Capitán» permaneció vivo entre los habitantes de Puerto Alegre, y aún pasados muchos y largos años, podía todavía oírsele a Doña Rosario de Jiménez —nada más y nada menos que a la esposa del gobernador— sentenciar

con su impasibilidad habitual:

—Se lo tenía merecido. «El Capitán» se lo tenía merecido. ¡Las fieras salvajes como él no pueden nunca tener un buen final!

En cuanto a mi relato, sólo añadiré unas pocas palabras más antes de concluir: apiádanse los hombres de todos aquellos que contemplaron el lado oculto de la luna.

JOSE BALENZUELA

A fin de dejar atrás la cruda miseria que había querido brindarme mi patria, decidí que sólo podía hacer una cosa: enrolarme como marino en un buque de la mercante. En aquella época aún estaba en la flor de la juventud, razón por la que la audacia y la ilusión formaban parte indivisible de mi persona. Y así, tras recorrer durante largo tiempo todas las tabernas del puerto en busca de información, me dijeron que preguntara por un capitán llamado José Balenzuela, capitán que con frecuencia realizaba la travesía de Tehuantepec-Panamá-Valparaíso. Eché mano al mapa que siempre llevaba guardado en mi vieja americana, lo abrí y... quedé completamente boquiabierto: ¡Haciendo frente al Océano Pacífico, aquél itinerario abarcaba casi todo el litoral de Sudamérica!

No malgasté ni un segundo en más explicaciones. Y una vez me hallé frente al barco en cuestión, y antes de que empezara a indagar entre la gente trabajadora del muelle, me detuve a leer —como si una duda se hubiese apoderado de mí— las letras grabadas en dorado en el casco del buque y que, claro está, formaban el nombre del mismo: «Piedad del Mar». Y éste era, en efecto, el cuanto menos curioso nombre dado al barco, nombre pensado como es natural en castellano —al igual que el de la mayoría de los navíos de aquella época que solían venir a puerto a cargar y descargar (aunque también eran numerosos los buques que traían izado el pabellón inglés y

portugués)—. «Piedad del Mar» repetí unas cuantas veces para mis adentros. Me dejé llevar por el sentimiento que me inspiraba aquél nombre y di alas a mi imaginación. Sin embargo, no fue mucho lo que pude conseguir, al quedar mi voluntad asfixiada en el melancólico desasosiego que me infundía aquél nombre.

—¿Un nombre insólito, verdad?

Escuché una voz a mi espalda.

—Por tu aspecto veo que andas en busca de trabajo.

—Así es —respondí lacónico, intentando calcular las intenciones del desconocido.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó sin apresurarse.

—Manu. Manu Goicoechea —le respondí distraído, con toda mi atención puesta en el barco. Pude advertir que una sonrisa se dibujaba en su rostro. De todos modos, no le di importancia.

—Todos los marinos tenemos algo en común. Hay de por medio una razón profunda, tan profunda acaso como el mar. Vivir en un medio hostil acaba por moldear, determinar tal vez, tu propia personalidad. O puede que sea a resultas del miedo... ¡Quién sabe! —e hizo un gesto brusco con la mano, como si quisiera ahuyentar algún moscardón insoportable—. Hay muchas clases de miedo —continuó sin apenas prestarme atención—. Pero, ¿a qué llamamos exactamente *miedo*? —me preguntó de súbito, encañonándose con un dedo largo y lleno de arrugas al tiempo que me acribillaba con su escrutadora mirada.

Tratando de sacar algún provecho de las lecturas a las que tan aficionado era, me apresté a dar con una buena respuesta, esfuerzo del todo innecesario ya que para entonces el anciano una vez más se hallaba entregado a sus inquietantes reflexiones:

—Cuando sientes que hay algo ahí siempre detrás tuyo, en el corazón de ese mar impasible...

El rostro del desconocido se contrajo en un conmovedor gesto de terror.

Antes de continuar con mi relato, debo confesar que llegados a este punto no tenía en gran estima al anciano que, según era evidente, mostraba un malsano desvarío. De todas maneras, tengo también que reconocer que su forma de hablar, sus palabras, obraban en mí una gran fascinación. Había algo más: empezaba a sospechar que el anciano guardaba algún tipo de relación con el estupendo aunque un poco antiguo «Piedad del Mar», y por tanto, teniéndolo a mi favor, me sería más fácil comenzar a trabajar como marino en aquél barco. Y así las cosas, juzgué lo más prudente no mostrar mala cara al desconocido.

—Cuando era un joven de tu edad, tomé la firme resolución de abrazar la vida de marino, y de este modo se lo hice saber a mi difunto padre. Pero él no quiso tomar en consideración mis deseos, pues era dueño de una importante lonja en el puerto y esperaba que yo siguiera sus pasos y continuara con el negocio familiar. ¡Estúpido cabezota! —gritó con gran asombro de mi parte, pues no creía que nadie pudiese guardar un rencor tal contra el propio progenitor.

Luego de aquellas palabras, permanecimos en silencio durante un rato, tal y como permanece quien,

habiendo atravesado la puerta del pasado, deja a su ánimo sumergirse en los recuerdos. Su rostro expresaba una expresión tan extraviada, que incluso me arrepentí de haber comenzado con él aquella absurda conversación.

Llevado por la curiosidad, examiné con mayor atención su cara. Bajo la barba blanca, tupida, las arrugas formaban un intrincado laberinto en su piel. Hubo aún algo más que me llevó al límite del asombro: ¡aquél hombre estaba aterrorizado! Quiero decir que vivía en el terror. Es por ello que daba la impresión de ser tan viejo, porque ese terror le había robado la tranquilidad y serenidad de ánimo —perdidas, así, mucho antes de tiempo—. Mas no era únicamente terror. Y entonces un escalofrío estremeció mi cuerpo, cuando vi que en aquél hombre había algo que rebasaba lo estrictamente humano.

Alcé la mirada hacia un cielo obscuro. Las gaviotas volaban bastante alto, señal de que pronto llovería. Y efectivamente, no faltaba mucho para el comienzo de la temporada de lluvias. Desde la inmensa y misteriosa selva, un pelotón de sólidos nubarrones se acercaba hacia la costa. Y también pudimos escuchar, amenazadora, la ronca voz del trueno a lo lejos. Así es el clima de los trópicos, tan pronto brilla el sol en un cielo limpio y azul, y en un abrir y cerrar de ojos, una lluvia de tromba cae y lo anega todo. Incluso en ocasiones lluvia y sol llegan prácticamente a coincidir.

Hallándonos así, uno que parecía ser de la tripulación del barco se acercó a nosotros y con voz respetuosa dijo al anciano:

—Todo listo para zarpar, capitán.

No podía dar crédito a mis oídos. Así que aquél hombrecillo era... ¡José Balenzuela! ¡El capitán del «Piedad del Mar»! No lo podía creer.

El anciano, es decir, el capitán José Balenzuela, sin apresurarse ni mostrar gesto alguno de apremio, asintió algunas veces con la cabeza a modo de única respuesta. Luego, cogiéndome del brazo, fijó su triste mirada en mí y me habló con ternura, casi como el hermano mayor habla a su hermano pequeño:

—Aquí tienes la oportunidad de ser marino.

Sin nada más que decir nos apresuramos hacia el barco y una vez llegados a la pasarela recorrimos los últimos metros que nos separaban del muelle. Volví la vista hacia aquella tierra firme que había quedado a no más de tres metros de donde yo estaba. Y justo entonces me di cuenta de que mi destino era tan frágil y quebradizo como en apariencia lo era aquella pasarela. Y de súbito la tierra se tornó extraña, desconocida, y fue como si hubiera cortado el cordón umbilical que hasta entonces me había unido *a algo*.

—Ahora no tienes más remedio que vivir como un marino.

Me volví para mirar a quien había pronunciado esas palabras. Un hombre fuerte y musculoso se hallaba sentado junto a la barrica de agua, mordisqueando una manzana. Su mirada era huidiza, nunca te miraba a los ojos. Su piel estaba curtida y daba la impresión de estar ducho en todo lo referente a la vida en el mar. «No quisiera tener por enemigo a un

hombre así», pensé para mis adentros. De hecho, de cada uno de sus movimientos en apariencia sosegados, parecía emanar una suerte de tensión reprimida, y aun cuando su comportamiento conmigo fuera correcto, parecía hombre endurecido y experimentado en las dificultades.

Por responder algo, le dije:

—Los mercaderes y las mujeres viven muy felices en tierra.

Con un movimiento de cabeza de izquierda a derecha, dando a entender que me tomaba por uno de esos jóvenes alocados sin remedio, respondió:

—Los jóvenes siempre tan locos como audaces —y con gesto perezoso, arrojó al mar el corazón de la manzana.

La noche era tan silenciosa que pude escuchar el pequeño ruido de la fruta al caer en el agua. La noche, la noche salpicada de estrellas, parecía no tener fin. Luego cerré los ojos, para gozar mejor de aquella felicidad abstracta que me poseía.

—No deberías inquietar al chico, Antón.

Reconocí la voz, a pesar de estar semioculta en la sombra que proyectaba el mástil. Era la voz del capitán José Balenzuela, de aquél que en mis pensamientos todavía seguía llamando «anciano».

Antón hizo ademán de ponerse en pie, pero el capitán con un gesto le dio a entender que no era necesario. Ello causó no poco asombro en mí, pues habían llegado a mis oídos anécdotas muy duras acerca de los malos tratos sufridos por los marineros a manos de sus oficiales y capitanes de barco. Sin embargo, en aquél buque era como si cada uno actuara por su

propia cuenta, como si la disciplina y el amor al trabajo se hallasen impuestos por la propia voluntad de cada hombre. En cualquier caso, había comenzado a acostumbrarme a lo inusual.

—Parece que nunca vaya a amanecer... — pensé en voz alta sin poder apenas resistir la embriagadora alegría que me desbordaba por dentro.

—Ah, si eso fuera posible, y gozar para siempre de esta paz... —añadió el capitán José Balenzuela con aquella entonación ausente tan típica de él—. Por desgracia, seguro que una vez más volverá a suceder...

Cuando escuché aquellas palabras, todo mi ánimo pareció venirse abajo de pura ansiedad. Además, otra vez descubrí en él ese mismo terror que ya en tierra le había notado. Y no sólo a él, sino que también lo apercibí en Antón.

—No hay huída posible —sentenció Antón para mayor asombro mio.

A duras penas podía entender aquél misterio. Así que sin poder apartar de mi pensamiento las enigmáticas palabras de Antón, hice mía la frase y con aire inocente le pregunté:

—No hay huída posible... *¿de qué?* —y pronuncié esas últimas palabras con especial entonación.

Excepto el miedo que se reflejó en su mirada, no obtuve ninguna otra respuesta por su parte. Y comprendí que era imposible penetrar en el secreto de aquél hombre. Por suerte, el mismo capitán vino en mi ayuda.

—Hay secretos... —comenzó dubitativo—

que perduran vivos y putrefactos al mismo tiempo, incluso al cabo de largos años... Ya que habrás de tener noticia de ello tarde o temprano, mejor que lo sepas cuanto antes.

—¡Capitán...! —protestó Antón tímidamente. En seguida, el capitán José Balenzuela le hizo callar con un gesto enérgico de la mano.

En medio de aquél silencio, escuchábamos la llamada profunda de la noche, y sentíamos nuestros corazones latir más y más deprisa. Las pequeñas olas, en esa inmensidad marina, nos hacían llegar un murmullo ininterrumpido que en lugar de apaciguar mi angustia, la acrecentaban.

—Es más fácil obtener la piedad del mar que la del ser humano —continuó el capitán del barco.

—¡¡Escuchad!! —gritó de súbito Antón, aterrorizado.

—¿Qué le pasa? —pregunté a mi vez tratando de conservar mi buen humor.

Sólo que aquél no era momento para bromas. El capitán, fuera de sí, permanecía como al acecho, a la espera de lo que pudiera surgir de la oscuridad. Me di cuenta de que el vello de mis brazos y cabello estaba erizado.

—No, no... —masculló el capitán José Balenzuela—. En noches como ésta no suelen aparecer...

—Aparecer —le interrumpió Antón—, aparecen cuando quieren.

—¡Dios mío! —grité sin poder aguantar más—. Pero, ¿*quiénes* tendrían que aparecer?

Sin apenas ser capaz ni tan siquiera de

contener el aliento, y sin fuerzas casi para responder, el capitán José Balenzuela justo acertó a pronunciar estas palabras:

—*¡Ellos! ¡Ellos!*

Y señalaba hacia la noche con una mano cuyos temblores no podía dominar. Yo, esforzándome por ver algo en aquella oscuridad, forcé la vista todo lo que pude, aunque no distinguí nada excepto la misma noche de hacía un momento. Así que empecé a preguntarme si aquellos dos no serían un par de infelices a quienes había acabado por trastornar la soledad del mar y las severas experiencias vividas.

—Se han ido —escuché a Antón decir en voz baja y aún aterrorizado.

—Tal vez... tal vez... —replicó el capitán.

—Mejor si nos retiramos a dormir... —murmuré yo completamente hastiado de aquél asunto. Pero el anciano me lo impidió, sujetándome por la manga de la chaqueta, en evidente estado de nerviosismo.

—No te vayas aún. Ya sé qué es lo que estás pensando: que somos un par de locos, ¿no es así? Cuando hayas escuchado la historia no pensarás del mismo modo. Te lo aseguro. Y además, creo que te debo una explicación.

Y con tal ansia me lo pidió, que no hallé fuerzas para retirarme a dormir, a pesar de estar rendido de sueño y desear olvidar cuanto antes todo aquello.

De cuando en cuando una estrella fugaz rasgaba el cielo alocada y veloz, y entonces la noche me parecía aún más profunda y ancha, como una

brecha abismada en el cielo sin fondo.

Dio comienzo el capitán José Balenzuela al relato de su historia y yo, con los cinco sentidos puestos en ella, me consolé pensando que al menos por fin iba a conocer los entresijos de aquél en apariencia pavoroso misterio.

«Ha pasado mucho tiempo desde que ocurrieran aquellos fatales sucesos. A pesar de ello, todavía hoy inclino la cabeza ante un sentimiento más hondo si cabe que el de la vergüenza. Sentimiento del que, para desgracia mía, no puedo liberarme. Además, «ellos» están siempre ahí, para evitar que nunca jamás pueda olvidar.

En aquella época creo recordar era un muchacho tan joven como tú. ¡Ah! El paso de los años puede tal vez ocultar el lado físico de la persona, pero no tiene el poder de aliviar la angustia de un hombre atormentado. Corría el año mil ochocientos sesenta y seis, y creyendo iba a lograr convencer a mi progenitor, decidí adquirir un hermoso y recién construido velero. Mi padre, en parte porque no quería saber nada de la pasión que tenía hacia el mar, y en parte por haber hecho las cosas a espaldas suya y sin consultarle, me hizo saber su intención de no ayudarme lo más mínimo en mi empresa. Y fue así que de pronto me hallé llenó de deudas, no quedándome otra alternativa que revender el barco a un mal precio o devolverlo a los astilleros, con lo que incluso perdería lo desembolsado hasta entonces, que

eran todos mis ahorros.

En aquellos días para mí tan decisivos, el mismo diablo vino a tentarme en mi desesperación. Y junto con el diablo... los traficantes de esclavos. ¡Malditos sean éstos para toda la eternidad! Cómo sabe la fatalidad aprovecharse de los peores momentos... ¡Y quién les hubiera dicho que no, en una situación delicada como lo era aquella! Ah, hubiera merecido el castigo por ello. Sin embargo... «Ellos» fueron los únicos castigados. ¡Y yo fui su verdugo!

La primera «carga» a transportar la llevamos a cabo en un puerto de Africa. Eran unos doscientos, incluidos mujeres y niños. ¡Si pudiese ahora ponerme en el lugar de uno de ellos! Pero no se puede alterar el curso de los acontecimientos ya concluidos... Eran doscientos seres humanos. Y yo sabía que eran eso, seres humanos. Y no animales salvajes, tal y como los llamaban los traficantes de esclavos. Tal vez si no hubiera sido tan joven... Qué fácil es justificar un acto infame arguyendo la inexperiencia de la juventud...

No nos hallábamos sino a unas pocas millas de São Francisco do Sul, cuando se desató una tormenta estremecedora. ¡Mi primera tormenta en el mar! ¡La primera! Excepto el contramaestre, todos éramos muy jóvenes y sin experiencia en el oficio de marino. Me refiero sobre todo a los oficiales, más que a la tripulación. Y para mayor desdicha, un golpe de mar se llevó para siempre al contramaestre, a quien vimos caer desde el puente de mando y a continuación desaparecer en las olas, sin que pudiéramos hacer nada.

¿Y qué podíamos hacer? Eramos tan jóvenes,

tan inexpertos... Y estábamos tan... ¡aterrorizados! Sabría hoy día gobernar el barco con pulso firme y entereza de ánimo. En aquella época aún lo tenía todo por aprender. No sabía que debía mantener el buque siempre en la misma dirección de las olas, aun cuando el viento soplara feroz desde el lado contrario. Y las órdenes para arriar las velas las di también demasiado tarde y en medio de una gran confusión, cuando la mayor parte del velamen estaba ya rasgado y uno de los mástiles principales se hallaba a punto de partirse en dos. ¡Un desastre total! Pensé con horror que todos íbamos a acabar como el contramaestre. Y creía que no llegaríamos a ver el próximo amanecer.

De súbito, con frialdad que incluso hoy me deja perplejo, me vino a la mente una posible solución que tal vez fuera a librarnos con bien de todo aquello. ¿No eran acaso aquellos doscientos infelices, los esclavos negros, así como bestias salvajes? ¿Y desde cuándo han tenido las bestias alma humana? ¿No es cierto que utilizamos el término «sacrificio» para referirnos a la muerte provocada de los animales, y que nos valemos de la palabra «asesinato» solamente en el caso de la muerte violenta de seres humanos? ¡¡Eran doscientos cuerpos!! A un peso medio de setenta kilos cada uno, y multiplicado por doscientos, salía un total de catorce mil kilos de sobrecarga. Di orden de arrojarlos por la borda. A todos. Incluidos mujeres y niños. Uno por uno. En medio de llantos y gritos de horror, entre alaridos y escenas desgarradoras, los arrojamos a aquél mar rabioso y feroz. ¡Ah, había

llegado al límite de mi humanidad!

Desde entonces vengo huyendo de aquellos recuerdos. Por desgracia, la realidad que se me aparece en este mar es una realidad maldita, tan maldita como probablemente lo es este barco, y no se puede hacer nada para cambiar las cosas. Porque «ellos» siempre están ahí, aguardando a que la noche caiga, escondidos tras una espesa cortina de niebla, dispuestos a rasgar incluso los confines del sueño... «¡Ellos!». ¡¡Las ALMAS ERRANTES de aquellos doscientos desgraciados!! ¡Vienen en busca del capitán cobarde! ¡Quién sabe si están vivos o muertos...! ¡Quién lo puede saber! A última hora de la tarde, en medio de la noche, en los primeros instantes del amanecer... ¡Siempre clamando y clamando desde su desolación! Que no merecían aquél trato, al menos de salvar a los niños... Es una agonía que perdura día a día, mes a mes, año tras año...».

Una vez escuchada aquella terrible narración, quedé con el corazón en un puño. Y hasta tal punto estaba impresionado, que tropecé con algo y caí al suelo, recibiendo al caer un fuerte golpe en la cabeza. Las estrellas desaparecieron y toda la noche se sumergió en una profunda, religiosa oscuridad. El fresco aire de hacía un momento lo apercibía ahora caliente y húmedo. Y antes de que pudiera darme cuenta, una gruesa niebla surgida así como de la nada se adueñó del barco, impidiendo toda visión en un

metro a la redonda. En seguida, me pareció oír un ruido similar al del maderamen podrido y hierros oxidados chocando entre sí. Pongo a Dios por testigo que yo nunca he sido dado a falsas creencias ni a supersticiones. ¡Pero estaban allí! ¡¡LAS ALMAS PERDIDAS!! Se habían adueñado de un barco naufragado y los hombres, mujeres y niños estaban todos en pie, en cubierta, inmóviles. Y el nombre del barco, grabado en letras de fuego, era «Venganza del Mar». Y todos eran de raza negra. Y serían al menos doscientos desgraciados. ¡Con aquellos rostros cadavéricos! Sus caras estaban amoratadas, pálidas, como suelen estar las de los ahogados. Sus ojos, devorados por los peces, eran... ¡dos agujeros negros! Y de imprevisto, como siguiendo a alguna suerte de rito incomprensible, rompieron todos a una en clamores y lamentos. ¡Y era para volverse loco! Los llantos y quejidos se mezclaban con aullidos de rabia. Y no voy a andar con disimulos: yo estaba completamente aterrorizado. Y creía que aquello era el final. Sobre todo cuando echaron a andar y... ¡comenzaron a pasar uno por uno a nuestro barco! ¡Y yo qué sabía lo que aquél cobarde capitán había hecho! «¡Aparte de mi piel blanca no comparto nada más con él, absolutamente nada más!», les gritaba. Pero mis palabras eran en vano, pues los fantasmas ya sólo estaban a unos pocos metros, y alargaban hacia mí sus brazos llenos de colgajos de carne pútrida. «¡Atrás! ¡Marcharos, malditos! ¿No me oís? ¡Ay, ay!», gritaba.

Cuando abrí los ojos, partí de aquellas pesadillas hacia la realidad.

—¿A dónde han ido? —pregunté en voz alta.

—Tranquilo, chico. Ya ha pasado todo. Tranquilo.

Junto a mi camastro estaba el capitán José Balenzuela. Yo todavía no tenía otra preocupación excepto librarme de los pavorosos espectros.

—¡Están en todo el barco! —gritaba tratando de incorporarme en el lecho.

El capitán y Antón me obligaron a seguir recostado, e intentaron tranquilizarme diciendo:

—Ayer por la noche tropezaste con una cuerda y al caer recibiste un fuerte golpe en la cabeza —me explicó el capitán José Balenzuela.

—¡Vaya un susto nos has dado! —añadió Antón con su habitual seriedad.

—¡Los he visto! Estaban aquí mismo... ¡¡Los fantasmas!!

El anciano y Antón se miraron sin decir palabra. Luego, el capitán dijo:

—Es mejor que sigas acostado. Dentro de tres o cuatro días habremos arribado a la Isla del Papagayo, y entonces te llevaremos a un médico para que te haga una revisión.

Me costaba mucho cerrar los ojos y caer dormido. Y a decir verdad, excepto unas breves y febriles horas entregado al sueño, confieso que no podía reposar, ya que tan pronto como cerraba los ojos, volvían a aparecer en mis sueños aquellos espeluznantes espectros.

¡Quién hubiera dicho que era capaz de hacer

una cosa así, con aquél aspecto bonachón suyo, el capitán José Balenzuela! ¡Arrojar al mar doscientos seres humanos como si se tratase de basura! ¡Mujeres y niños! ¡¡Habrás visto!!

A estos arrebatos de rabia se sucedían también momentos de perdón, ya que al capitán se le notaba un gran y sincero pesar. Por otro lado, me sentía ingrato, pues él siempre había actuado conmigo de modo correcto e incluso con bondad, y mandaba a la tripulación del barco sin mostrar nunca enfado ni utilizar palabras groseras e insultantes.

Aún así, vi con claridad qué es lo que debía hacer: tan pronto como llegáramos a tierra, abandonaríamos el maldito barco. No podía continuar así. Y además, sólo faltaban unos pocos días para arribar a la Isla del Papagayo, donde podría pensar con más tranquilidad acerca de mi futuro.

Habíamos llegado a la hora de la despedida, y vi que el anciano capitán estaba bastante alicaído.

—Así que nos dejas, ¿no es así? —me preguntó sin apartar los ojos del mar—. Ya sé qué es lo que estás pensando. Me desprecias, ¿verdad? No creas que el valor y la cobardía son tan distintos. A veces, hay que ser bastante audaz para cometer un acto de cobardía.

Apercibiéndose del gesto de alarma reflejado en mis ojos, se apresuró a añadir:

—No, no estoy justificándome. Es una mera abstracción. Tal vez, una abstracción provocada por el

miedo. Cuando estás rodeado de olas imponentes como castillos, el miedo te abre un vacío a tus pies. Y por ese vacío caes rodando como si una mano invisible tirara de ti. A partir de ese momento, toda humanidad se viene abajo y ya sólo sigues a tu instinto de conservación.

Por un momento calló y, sin darle tiempo a que prosiguiera, le pregunté algo que hacía tiempo rondaba por mi mente:

—¿Por qué... por qué no deja de navegar? —y acto seguido me pregunté si acaso no había ido demasiado lejos con aquella pregunta.

—Sí, muchas veces lo he pensado —respondió él de buen grado—. Pero no puedo hacerlo. Me hace falta el mar, o mejor dicho, me hacen falta los peligros del mar: las tormentas, las tempestades, los remolinos de viento, las gigantescas olas... Sólo entonces comprendo por qué obré de aquella manera! ¡Sólo entonces vuelvo a recobrar el valor! ¡Ah, en esos instantes...! Cuando el barco parece vaya a irse a pique de un momento a otro... ¡Qué me importa en tales momentos lo que un honrado burgués corto de miras pueda pensar de mí!

A medida que el capitán hablaba, parecía que por sus ojos salían chispas.

—¡En el reino del miedo la ley humana no sirve para nada! Sí, busco las tempestades... ¿sabes por qué? Porque sólo así logro encontrar la paz interior, porque sólo así consigo acallar a la conciencia.

Sacó del bolsillo un pañuelo y, antes de continuar, se enjugó el sudor que perlaba su cara. Yo no le interrumpí. Sus palabras me tenían embrujado. Y

añadió con voz fatigada:

—El miedo es mi opio. Y cuando lo siento extenderse por mis pulmones, solamente entonces puedo volver a ver mi rostro en el espejo sin sentir vergüenza...

Tal vez por primera vez en mi vida me di cuenta de que el corazón humano puede llegar a tener muchos y profundos recovecos.

El capitán José Balenzuela, dando por terminada la conversación, se volvió y encaminó sus pasos, sin apresurarse, hacia su barco el «Piedad del Mar».

—Que el Señor le acompañe —quise proferir a modo de despedida. Pero mis labios apenas se movieron, como profiriendo una oración. De modo que mis palabras no llegaron a oídos del capitán, sino que, por el contrario, se las llevó consigo —divertida— una ráfaga de viento.

Por lo que a mí respecta, tras pasar unos días pensando en la Isla del Papagayo, admito que estuve a punto de regresar de nuevo a casa. Pero por suerte, decidí apostar de nuevo por la vida de marino, ya que para entonces el hechizo de la mar había hecho mella en mí, hasta el punto que no habría sabido amoldarme a ningún otro oficio que no fuese aquél. Por lo demás, los espectros y demás visiones que contemplé aquella noche fatídica los juzgué, sin más, consecuencia de la caída, y con la ayuda del tiempo, logré olvidar la frágil frontera existente entre la luz y la sombra y superar,

así, los malsanos delirios vividos en aquella ocasión.

Por otro lado, y en cuanto al capitán José Balenzuela, al cabo de algunos años tuvimos noticias de su desaparición. Según parece, su barco naufragó en una brava tempestad, cuando se hallaba a algunas millas del puerto de Valdibia, en la costa de Chile. Nadie, que yo sepa al menos, sobrevivió al naufragio. Y según se cuenta, en aquella tormenta, además del barco de José Balenzuela, otro buque también se fue al fondo del mar en esa misma zona, pues los navíos que acudieron al rescate hallaron dos nombres de barco en el lugar, ambos grabados en madera con letras de oro y fuego, a muy poca distancia uno del otro. Eran, claro está, los nombres de los dos buques hundidos. Uno de ellos era el «Piedad del Mar»; y el otro se llamaba... ¡¡«Venganza del Mar»!!

ESCENAS MARINAS

A causa de la pasión que siempre habían despertado en mí los viajes, tuve que hacer de tripas corazón hasta haber cumplidos los veinte años de edad, momento en el que ya no podía concebir otra finalidad para mi existencia que no fuese recorrer eso que se ha dado en llamar el *ancho mundo*. Y aunque mis padres pasaron conmigo las de Caín con objeto de hacerme cambiar de idea, viendo al fin que no había manera de sujetar por la brida al joven y nervioso potrillo en que me había convertido, condescendieron a mis deseos y accedieron a dar rienda suelta a mi pasión: durante dos o tres años recorrería todos los rincones del mundo habidos y por haber. Transcurrido ese período, debía a cambio dar mi palabra de que regresaría a casa, dejando así asegurada la continuidad del próspero y antiguo negocio familiar —mi padre, abuelo y bisabuelo se habían ocupado en transacciones relacionadas con envíos comerciales marítimos.

Mi nombre es Joxe Mari Elizondo y nací en Pasajes San Juan en el año mil novecientos catorce. De modo que podría decirse me hallaba acostumbrado a contemplar las idas y venidas de los grandes buques desde muy temprana edad. Y así era, sí señor. El puerto de Pasajes ya en aquella época se había convertido en un importante núcleo para el comercio marítimo.

Mi padre, al tener gran relación profesional con este ambiente, gracias a uno de sus numerosos

contactos buscó para mí un hermoso y recién construido barco mercante. Y fue así que me embarqué hacia la vieja Inglaterra, con el ánimo bien alto y una mirada alegre y audaz en mis ojos, ardiendo en deseos de conocer cuanto antes las renombradas y lejanas tierras allende el mar.

A pesar de tratarse de un barco mercante, pasé toda la travesía a modo de viajero. Y el capitán, un lobo de mar nacido en Zumaia y llamado Mikel Arruabarrena, siendo íntimo amigo de mi padre, se esforzó lo indecible para que en toda la travesía no me faltase de nada y transcurriera el viaje con todas las comodidades, no teniendo prácticamente otra preocupación en mente durante el tiempo que duró el trayecto excepto la de ocuparse de mi humilde persona.

En cierta ocasión, estando el mar tranquilo y la noche benévola, impulsado por unas alegres ganas de conversar, pregunté al capitán Mikel Arruabarrena:

—¿Por qué no me cuenta la historia más fantástica que le haya sucedido en el mar?

El capitán, acariciándose el mentón oculto bajo una barba larga y espesa, permaneció pensativo durante un rato y replicó del siguiente modo:

—No sé si es la más fantástica, pero sí tal vez la que mayor impresión me ha causado. Si quieres, te contaré esa historia. Y una vez la hayas escuchado, tú mismo podrás juzgar si merecía o no la pena.

Yo, claro está, no le puse impedimento alguno para que contara el pasaje que más oportuna le pareciese. Por tanto, me apresté a escuchar aquella historia inolvidable y, para ello, aguzé los cinco

sentidos y callé.

—Ocurrió en cierta ocasión en que el mar se hallaba embravecido. Estábamos en plena travesía del Cabo de Hornos. Y por cierto, que no nos estaba resultando nada sencillo atravesar aquél paraje. Como ya sabrás, las aguas del Océano Pacífico y las del Océano Atlántico se juntan precisamente en ese lugar, produciéndose grandes corrientes y coincidiendo con vientos que alcanzan velocidades asombrosas. No puedes imaginarte hasta qué punto el frío es intenso en esa latitud. De hecho, la Antártida no queda lejos, y de vez en cuando se pueden llegar a ver icebergs de proporciones gigantescas pasando impertérritos a escasos metros de tu barco.

—Sí —le interrumpí—, el Estrecho de Drakes está por ahí. Y la Tierra del Fuego, y el Estrecho de Magallanes, y las islas Malvinas o Falkland, y—

—¡Basta! Ja, ja. ¡Es suficiente! —rió el capitán Mikel Arruabarrena—. Según veo, has tomado algunas lecciones de geografía por tu cuenta, ¿eh? —y siguió riéndose.

Luego, encendió la pipa —que se le había apagado— y retomando el hilo de la narración, continuó:

—Se hizo de noche y la tempestad continuaba sin amainar. De súbito, vimos unas bengalas chispear en el cielo. Dos, para ser exactos. Algún barco las estaba pasando moradas, sin duda alguna. Así que nos sometimos a la ley del mar y, aun cuando fue difícil y peligroso, logramos alcanzar la zona en donde habíamos visto brillar las bengalas, con la única esperanza —cómo no— de poder brindarles en esos

difíciles momentos toda nuestra ayuda y solidaridad. Mas para cuando llegamos, excepto la noche violenta, no pudimos hallar nada más. Lanzamos también una bengala, para que los del otro barco supieran que nosotros estábamos allá, dispuestos a defender sus vidas como si fueran las nuestras. Pero el viento era similar al de los tornados y furioso nos alejaba rápido de aquél perímetro. De modo que cuando vimos otra bengala arder, en esta ocasión, bastante más lejos del lugar en el que nos encontrábamos, no nos extrañamos demasiado. Y lo peor era que ahora estaban justo detrás de nosotros.

—¡Ah, sí! —exclamé—. En medio de la tempestad, para un barco es muy difícil dar una vuelta completa. Hay que dar grandes círculos, y aún así, no siempre es posible, sobre todo si el mar está muy revuelto.

El capitán, complacido, lanzó una nueva carcajada, al tiempo que elogiaba mis *amplios y profundos conocimientos* acerca del mar —más en bromas que en serio, creo yo—. Luego, continuó con su relato:

—De esa manera se nos fue toda la noche. Allá donde veíamos una bengala, allá nos dirigíamos lo más rápido que podíamos. Pero era del todo imposible. Cada vez que lanzábamos una bengala, ellos siempre nos respondían desde otro punto distante. Además, nosotros, a pesar de no ser tarea fácil, aún éramos capaces de gobernar el barco. Ellos, sin embargo, parecían haberse convertido en juguete de las olas y de las corrientes.

—Entonces, ¿no disteis con ellos?

—A la salida de los primeros rayos del sol — continuó narrando sin prestar atención a mi pregunta—, parecía que la tormenta tendía a amainar. Di orden de continuar con la búsqueda y me retiré a echar una cabezadita durante un par de horas, pues llevaba toda la noche sin pegar ojo.

Llegados a este punto, Mikel Arruabarrena alzó un dedo hacia mí y con un guiño de ojos me dijo, en tono humorístico:

—Primera lección: cuanto más difícil y complicada sea la situación, más fresca y descansada hay que tener la mente. Y para ello, no hay mejor remedio en el mundo que echar una cabezadita, siquiera durante un par de horitas.

Yo asentí moviendo la cabeza arriba y abajo, a modo de conformidad. Y él aprovechó la interrupción para exhalar un par de veces de su pipa. Vimos las luces de un carguero aproximadamente a una milla de distancia. Aunque estaban lejos, nos saludaron con un pitido de sirena. El sonido pareció haber salido de la misma noche, y acabó extinguiéndose en la distancia y en las inquietas olas. Y cuando la sirena de nuestro barco respondió, tuve la impresión de que habíamos abierto una brecha en la noche, tal fue el escándalo y la sonoridad del pitido. En aquel silencio divino en que estaba sumida la noche, todo parecía estar fuera de lugar. Incluidas nuestras voces.

Antes de que el capitán continuara con su relato, se tomó su tiempo y siguió contando a partir del momento en que había caído rendido por el sueño:

—Cuando desperté, el primer oficial me dio cuenta de la situación. Por desgracia, seguíamos sin

avistar el otro barco. A pesar de registrar palmo a palmo la superficie del agua, no pudimos descubrir resto alguno de naufragio. La situación del mar iba mejorando por momentos. Sin embargo, la mañana estaba sumergida en la niebla y ello dificultaba las tareas de rescate. De pronto, el vigía del barco lanzó un grito: «¡Iceberg a estribor!».

—¡Un iceberg! —grité fascinado.

—Sí, un impresionante montón de hielo. Son como montañas. E impulsados por la corriente, llegan a alcanzar varios nudos de velocidad.

—Son peligrosos, ¿verdad? —pregunté tontamente.

—Ya lo creo. Si chocas con ellos de frente, con la velocidad de tu barco y la del propio iceberg, puede llegar a producirse un formidable choque y, para cuando te das cuentas, ya te has ido a pique. Hay que tener mucho cuidado con los icebergs, sí.

Consecuencia del humo de la pipa, el capitán comenzó a toser y no podía parar. Yo con la palma de la mano le di unos golpecitos en la espalda, para ver si así se le pasaba. Y cuando logró serenarse, reanudó animado la historia interrumpida:

—El vigía volvió a gritar: «¡Iceberg a estribor! ¡Viene directo hacia nosotros!».

Sin perder ni un segundo, acometimos angustiados la maniobra que para nosotros era, claro está, de vida o muerte. La niebla, todavía espesa, apenas nos dejaba distinguir nada. Por suerte, el viento del norte comenzó a soplar con fuerza, y pareció que la bruma iba a disiparse. Y una vez que la visión mejoró, como salido de un mundo fantasmal, pudimos distinguir los primeros

perfiles del iceberg. ¡Era colosal! ¡Uno de los más grandes que he visto jamás! No era normal que alcanzase un tamaño semejante, porque si bien la Antártida no quedaba demasiado lejos, aún así los icebergs suelen llegar bastante medrados a aquellas latitudes. En fin. Era un formidable pedazo de hielo. Pero... a un lado de la espeluznante montaña helada... había algo, también de tamaño considerable... Aún hoy con sólo recordarlo no puedo evitar un estremecimiento. Y a medida que la niebla se fue difuminando silenciosa, bajo la luz mortecina de la no demasiada lejana Antártida, dimos al fin con el infortunado barco que durante toda la noche habíamos estado buscando en vano... ¡Estaba empotrado literalmente en el iceberg! Como lo oyes. La quilla del barco, la parte delantera, se adentraba completamente en la masa de hielo. El choque se ve que fue tan violento, que quedaron allí como clavados. El barco, por delante y en su zona media, mostraba dos enormes vías de agua. Y por todas partes estaba destrozado, roto y hecho una verdadera ruina. La popa pendía en el aire, a un metro más o menos del agua.

—¿No había sobrevivientes?

—¡Sobrevivientes de aquél desastre! No, chico. Ni por asomo. Nosotros, por si acaso, procuramos acercarnos todo lo que pudimos, y lanzamos algunas bengalas, gritos y pitidos de sirena. Nadie nos respondió... excepto los aullidos de un gato.

—¿Lo rescataron? —pregunté con ojos desmesuradamente abiertos.

—¡Ja, ja! —rió el capitán Mikel Arruabarrena—. ¿Poner en peligro el barco entero

para rescatar a un *gatito*? Ja, ja —rió de nuevo—. Además, ¿cómo crees que hubiéramos podido subir a aquél barco que parecía más bien un trampolín fantasma? ¿Volando? Ja, ja —siguió riéndose—. ¡Que si salvamos el gato!

—¿Y qué más? —le interrumpí yo cabizbajo, arrepentido de haber abierto la boca.

—Por desgracia, no teníamos ya nada más que hacer en aquél lugar. Y a pesar de todo, permanecimos durante largo rato contemplando el barco cuyo destino era ya el mismo que el de aquél iceberg, y ambos pasaron muy-muy despacio por delante nuestro... Aquella visión nos encogía el alma, hasta tal punto era estremecedora... Cien millas más allá acabaría por derretirse, seguro, y los restos del naufragio serían tragados para siempre por este insaciable mar.

Al término de su relato ambos permanecimos en silencio. Y para mis adentros pensé, un poco deprimido, que al fin y al cabo el mar siempre gana. Y juzgué que era ésta una idea bastante extraña, siendo del todo absurdo atribuir cualidades humanas a algo que no lo es, en este caso, al mar. De hecho —continuaba sumido en mis curiosas reflexiones—, es imposible odiar el mar. Podemos cobrar de por vida un odio feroz a quienes nos han hecho males mucho más leves. ¿Pero y cómo podríamos vengarnos del mar, aún siendo la mayor fuente de nuestras desdichas? Sólo hay sitio para la impotencia. A no ser que nuestra propia muerte venga a proporcionarnos la mejor de las venganzas. Y a pesar de que yo sabía que era absurdo, no podía evitar tales pensamientos. Y pensaba: «*ahora que soy un muerto, ahora que ya no puedo sentir*

dolor físico, ahora que no soy capaz de sentir miedo... es como si tú, el mar, hubieras muerto conmigo. Porque mi muerte trae aparejada la tuya de modo irremediable. Porque la realidad que acaba donde yo acabo trae consigo la desaparición de tu propia realidad. Si yo no existo, tú entonces tampoco existes. Si la nada es posible para mí, en tal caso también lo es para ti. ¿Qué otra opción puede quedarle, si no, a esta ridícula Naturaleza que por cierto es tan egocentrista como lo soy yo?».

Y en tales pensamientos estuve abstraído, hasta que el capitán Mikel Arruabarrena dio por finalizada la tertulia de aquella noche y poniéndose en pie dijo:

—Me caigo de sueño. Voy a dormir. ¿Vienes?

Le pedí que me dejase permanecer allí un poco más, ya que aún no tenía sueño. Y él me dio permiso para ello, aunque tuve que prometerle que no me quedaría mucho rato.

Era tan irreal estar en aquél lugar, en aquél instante, que sentía la cabeza llena de sueños y quimeras. Me bastaba con cerrar un momento los ojos, para imaginar un sinfín de fantasías.

El barco se balanceaba con suavidad, primero hacia la derecha, luego hacia la izquierda, casi con exactitud matemática. Una sensación indescriptible se había apoderado de mí. Y mi alegría por estar allí me desbordaba.

—Hace fresco, ¿eh? —oí una voz detrás

mío—. Según parece, te gustan los relatos singulares.

Era la voz de Anjel Bihurriarena, un hombretón corpulento y de aspecto vigoroso. Con el paso de los años su cuerpo parecía que en vez de venir a menos ganaba en vigor y fortaleza. Le calculaba unos cuarenta años, si bien más tarde llegué a saber que tenía bien pasados los cincuenta. No se dejaba ver a menudo por la cubierta excepto en contadas ocasiones, y siempre estaba metido en el cuarto de calderas, en donde el fuego y el carbón eran sus únicos compañeros de viaje. A parte de eso, era un poco huidizo, aunque sin llegar a ser rudo.

—Si son entretenidos... —respondí amistoso.

—Incluso graciosos lo pueden llegar a ser. Mira, precisamente acaba de venirme uno a la cabeza... Es sobre un capitán inglés. ¡Era un auténtico lobo de mar! Pero amaba la cerveza más que su propia vida. ¡Qué digo! Más incluso que la vida de su madre y la de toda su familia junta. Ja, ja, ja —rió de su salida graciosa—. A todo el mundo le contaba que procedía de la estirpe del capitán Blake. Sin embargo, hablaba bastante bien el castellano, sólo que... ¡con acento andaluz!

—¿Con acento andaluz? —exclamé yo asombrado—. ¿Y cómo es eso?

Anjel rió a rienda suelta, sin poder contenerse. Por fin recobró la compostura y dijo:

—Sí. Su madre, según parece, era andaluza. Y su padre, un *gentleman*.

Otra vez se echó a reír; en esta ocasión, se le pasó en seguida.

—De todas maneras, su castellano era una

verdadera jerigonza. Y aunque yo no sé inglés, me temo que su inglés no era precisamente el de Cambrigde. Sobre todo, ¡una vez que empezaba a empinar el codo!

Tomando como excusa cada una de sus ocurrencias, estallaba en una nueva carcajada.

—Un día, esa afición suya a la bebida habría de traerle un mal final. Se hallaba en cierta ocasión navegando, cuando se agarró tal borrachera que acabó haciendo embarrancar el barco contra unos escollos. Cuando ello sucedió el mar estaba como una balsa de aceite. Y además, aquella zona de escollos era de sobra conocida por toda la gente de mar. Su tripulación salió ilesa del percance, incluido el capitán *Blake*, pues es así como todos le llamábamos. Y cuando los rescataron, al capitán Blake todavía no se le había pasado la curda. Su barco acabó en el fondo del mar y él en el arroyo, ya que en aquél estúpido siniestro perdió todo lo que tenía. La casa de seguros, cuando acudió a ella para reclamar, se le rió en sus mismísimas barbas. Con toda razón, para más inri. El infeliz cabeza loca todavía vive, y si vas a Dover, no es difícil toparlo en cualquiera de las tabernas de la zona portuaria.

Llegados a este punto, Anjel lanzó una sonora carcajada.

—¿De qué te ríes ahora? —le pregunté indeciso.

—El día del accidente marítimo... ¿sabes qué tipo de flete transportaba?

—¿Flete...?

—Sí, el cargamento del buque, la mercancía

—me aclaró Anjel con impaciencia.

—Pues, no...

—¡Cascos de cerveza vacíos! ¡Cientos, miles de botellas! ¡Y aparecieron todas flotando! En dos millas a la redonda sólo se veían botellas de cerveza vacías, balanceándose y columpiándose en aquél mar tranquilo y sosegado. ¡Todavía hoy se escuchan las carcajadas de todos los pueblos de la costa! Incluso apareció en los periódicos. Abrieron una fábrica de cervezas en Southampton y... ¡bautizaron la nueva marca con el nombre de «Blake»!

Sin poder reprimir la risa, mis carcajadas se mezclaron con las risotadas de Anjel.

Y así me sumergí en aquella noche que parecía también estar ebria, cada vez más y más lejos de Euskal Herria, con el recuerdo aún vivo de mis queridos padres, arrastrado por aquellas ganas locas de vivir que me embargaban. El tiempo y la distancia tenía la impresión de que se hallaban deformados. Y en mi nueva vida era como si estuviese avanzando tan mansa y apaciblemente como lo hacía el carguero en el que viajaba: despacio, con belleza, sin perder nunca el rumbo. Regresaría a casa y no tendría motivos para avergonzarme ante nadie, saciada mi curiosidad y el corazón alegre. Pero para eso todavía habría de pasar mucho tiempo. Y si la ocasión lo brindaba, uno por aquí y otro por allá, aún habrían de llegar a mis oídos muchos relatos y pequeñas historias. Y bastante antes de lo que yo pensaba.

—Por desgracia, no todas las historias son graciosas —afirmó Anjel con gran seriedad—. Pocas personas saben hasta qué punto es doloroso llegar a

perder toda esperanza. Sobre todo, cuando tu barco se ha ido a pique y estás náufrago en mitad del mar, en una frágil chalupa atestada de gente, sin agua ni alimentos.

—¿Te ha ocurrido alguna vez? —le pregunté con viva curiosidad.

Los ojos de Anjel brillaron como con tristeza. Y en un tono melancólico que hasta entonces no le había escuchado, respondió:

—No, a mí por suerte nunca me ha sucedido. Pero hace unos cuatro años, recogimos a unos náufragos que hacía días iban a la deriva. Al menos dos o tres semanas llevaban perdidos. Dos o tres semanas en el mar son *muchas semanas*. Además, eran gente de tierra adentro.

—¿Qué quieres decir con eso? —le interrumpí.

—Quiero decir que eran náufragos de un buque de viajeros que se hundió.

—¿Y qué...? —le repliqué—. Los náufragos son siempre náufragos. ¿O no?

—Te equivocas —contestó Anjel—. En época de guerra, ¿es acaso lo mismo que mueran soldados a que mueran civiles?

—No... —dije con timidez.

—Pues es en el mar ocurre igual. La gente de tierra son como civiles; y los marinos, por el contrario, como soldados. Estamos acostumbrados a este desafío de todos los días. Nosotros vivimos con la muerte. Y es por ello que hemos tenido tiempo y ocasión de inclinarnos a nuestro destino. Cómo te diría... Es un riesgo más de nuestra profesión, y lo sabemos.

—Comprendo —susurré.

Y ante el valor que aquél hombre demostraba al hablar de ese modo, en adelante empecé a mirarle de manera distinta, con admiración y también con agradecimiento, pues acababa de darme una gran lección de humanidades.

—Casi todos eran viajeros. Cuatro hombres, seis mujeres y cinco niños. Es decir, quince personas en total. En todo ese tiempo se alimentaron de agua y pescado crudo. Ni siquiera llevaban brújula...

—¿Y no había ningún marino con ellos? — pregunté con mi curiosidad de siempre.

—Uno sólo. Y gracias a él lograron salir con vida... Al menos, hasta que nosotros les recogimos. Aún así...

Antes de continuar con su relato, Anjel cayó en un silencio, como si estuviera pensando bien sus palabras.

—No me has preguntado una cosa...

—¿Cuál? —pregunté yo a mi vez con gran interés.

—El agua de lluvia se puede recoger, por ejemplo, en una lata. O incluso beberla según cae del cielo, si no hay otro remedio. Sin embargo... ¿cómo crees tú que se puede pescar un pez, si no tienes ni red ni aparejo alguno de pesca? Y sobre todo, ¿qué utilizarías como cebo o carnada?

—¡Vaya! —exclamé sin saber qué contestar—. ¡Buena pregunta!

—Una vez que has atrapado el primer pez no es difícil. Puedes utilizar su carne como cebo y ya está. Ahí precisamente está el intríngulis de la cuestión, en cómo atrapar ese primer pez.

—Está claro, sí. Está claro —asentía con curiosidad cada vez mayor.

—Pues mira lo que se le ocurrió a nuestro hombre de mar: cortaba trocitos de carne de su mano izquierda y los colocaba en la punta de un clavo al que dio forma de anzuelo. ¡Y ése era su cebo!

—¡Es duro vivir! —sentencié yo con cierto sarcasmo tal vez fuera de lugar, un poco a lo Sancho Panza por mi parte—. Oye...

A Anjel se le dibujó una pequeña sonrisa en la comisura de los labios, como si hubiera ya adivinado la pregunta que rondaba por mi cabeza.

—Y... ¿tardó mucho en pescar el primer pez...?

—Ji, ji —rió Anjel un poco avergonzado, como escandalizado de su risita.

—Anda, responde. Me tienes en un hilo —le apremié.

—Hoy día le llaman «El Manco».

También a mí se me escapó una risita.

Casi a continuación, recuperada la compostura, añadió Anjel:

—¿Sabes lo que respondí cuando le preguntamos a ver por qué lo había hecho?

Hice un gesto de izquierda a derecha con la cabeza.

—Pues respondí que «lo hice por los niños. Me daban una pena inmensa». ¡Ah, eso sí que es un hombre!

El rostro ennegrecido de Anjel brilló en la oscuridad. Luego, se le escapó algo parecido a un quejido y sin apresurarse se puso en pie. Tenía que

arrojar carbón a su insaciable caldera. Así que nos despedimos hasta la próxima.

Quedé a solas con la noche y con aquél mar en apariencia sosegado. Y sentí la opresión de la soledad que nunca abandona a la naturaleza humana, aunque no me dio miedo. Todo era tan extraño... Yo, allí, en aquél mercante que iba dejando un rastro... «El barco al menos deja una estela», pensé con melancolía. «Pero, ¿y yo...? ¿qué dejo yo?». Por un momento, me imaginé a mí mismo siendo un ahogado en el mar; y acto seguido, el agua del mar adueñándose de mis venas. Luego, pasé una mano crispada por mi pelo, como para atrapar mejor las ideas. «Y yo... ¿qué dejo yo?», volví a preguntarme...

Vi una estrella brillar en la vela mayor del cielo negro. Pero casi seguido se extinguió, como si jamás hubiese estado allí.

EL BARCO DESIERTO

Aquella misma noche comenzó a anotar en el cuaderno de bitácora todo lo sucedido hasta entonces. Los negros días, los terribles días que ya habían quedado atrás... Todo, absolutamente todo. Sin ocultar nada.

También estaban aquellos otros días, los que podía unir a recuerdos limpios y alegres... Pero ahora todos estaban muertos, como si un príncipe abominable hubiera venido a visitar el barco.

—Mis compañeros, mis leales marinos... — dijo con tono quejumbroso. Luego, roído por el dolor, el pobre Capitán cerró los ojos.

El viento corría fresco y rápido, al contrario de los días pasados. El hecho de estar allí, en aquél barco desierto, se le asemejaba como una broma repulsiva y de mal gusto, una broma cruel y despreciable.

—¡Es absurdo! —aulló con rabia. Luego encendió una candela y distinguió entre las sombras el pálido rostro del contramaestre, que había comenzado ya a desfigurarse en mil arrugas.

El contramaestre llevaba dos días muerto. Pero le daba pena arrojarle también a él por la borda, ya que la soledad del barco se le hacía insufrible. Un rayo de luna se coló por el ojo de buey del camarote y se extendió con descaro por el rostro del cadáver.

Juan Luis Igerabide lanzó una mirada nerviosa hacia un rincón del compartimiento, donde por un momento le pareció ver que algo se movía.

—No, no hay nada ahí. Maldita sea... —

masculló al tiempo que recobraba su sangre fría.

Sería aproximadamente la media noche, aunque no había modo de medir con total exactitud el tiempo. Los minutos, las horas, los días transcurrían entremezclados, confusos, como en un letargo interminable.

El cadáver del contraмаestre yacía semirrecostado en una silla poltrona; y el capitán Igerabide permanecía sentado enfrente suyo, mirando con fijeza al muerto, en silencio. Estar con aquél cadáver no le daba miedo, ni le intranquilizaba el ánimo: Juan Luis Igerabide había traspasado la frontera del miedo. Sin embargo, del muerto había comenzado a emanar un olor a carne en putrefacción y ello le apremió a tomar una decisión.

Con mucho cuidado, a fin de que el cadáver no se combara en exceso, le cogió de hombros y piernas. A continuación, puso en tensión todos sus músculos, levantó en sus brazos el cadáver y comenzó a subir las escalerillas que llevaban a la cubierta del buque. A cada paso que daba, el muerto balanceaba un brazo inerte.

—Y pensar que los entierros siempre me habían infundido pavor... —murmuró el capitán Igerabide, sin poder reprimir una risita.

Miró al contraмаestre. Era muy joven, no tendría más de veintitrés años. «Un chaval amigable e inocente, sí...», pensó, «De esos que en tierra se enamoraban de todas las mujeres. Solía hablarle de la rectitud, de la honestidad y de cosas parecidas». Lanzó una carcajada. «¿Qué importan ahora toda la virtud, toda la fuerza moral o todas las causas justas del

mundo?». Había sobrepasado la locura del horror. Y excepto los extraordinarios sonidos del mar y del barco, no escuchaba, ni le preocupaba, nada más.

Cuando alcanzó la cubierta, sin apresurarse, arrojó al mar el cuerpo del contramaestre. No hubo rezos ni banderas. «¿Para qué?», se dijo a sí mismo.

Luego, se dirigió a trompicones hasta el timón. El timón estaba amarrado con cuerdas, y siempre guiaba la nave hacia el norte.

En aquél instante, el viento comenzó a soplar con fuerza.

—¿Cuánto tiempo llevo en el mar? —se preguntó Juan Luis Igerabide en voz alta, tratando de recuperar la noción del tiempo. Y pensó que, si persistía aquella ráfaga de aire, en los próximos días avanzaría aún más deprisa, como si también el viento deseara dejar atrás los pasados y aterradores días.

Escribía en el cuaderno de bitácora todo lo sucedido hasta entonces según lo iba recordando, a pesar de no tener ni esperanza ni deseo de llegar a tierra, pero confiando en que algún día llegarían a conocerse los pormenores de la tragedia.

Recordaba los días inmediatos a la salida al mar. «Esas cajas me dan mala espina», oyó decir a un marinero cuando estaban subiendo la carga al barco. El marinero había aludido a unas determinadas cajas e Igerabide recordaba muy bien sus palabras ya que, por un lado habían sido premonitorias y, por otro, al igual que casi todos los marinos, también él era supersticioso.

Escuchó dar las once de la noche en el viejo reloj del camarote. Se levantó a encender las dos

candelas del timón, más llevado por la costumbre, que por la necesidad. Otra vez le pareció ver una sombra agazaparse en un rincón. «¡Bah! Tantas sombras he visto ya», se dijo. Y no prestó más atención al suceso.

El capitán Igerabide era de considerable estatura, y parecía templado con la firmeza del hierro. «Esas cajas me dan mala espina», volvió a recordar de nuevo las palabras del marinero, pronunciadas ya hacía lo menos un mes.

Había en aquellas cajas algo que daba miedo, pues se escuchaban salir de ellas extraños sonidos — similares a silbidos— y también misteriosos crujidos —como si unas pequeñas *cosas* se arrastraran por ellas. Por otro lado, aquellas grandes letras que decían «MUY PELIGROSO. NO ABRIR» tampoco auguraban nada bueno. Como es fácil de imaginar, todos los marineros miraban con desconfianza aquellas cajas.

Continuó recordando:

«—¿Qué te pasa? —le había preguntado a un marinero.

—Mi capitán, no me gustan nada esas cajas —le respondió éste.

Y el capitán Igerabide le miró con incredulidad. Aún así, sintió un estremecimiento recorrer su cuerpo, aunque se alejó sin pedir al marinero ninguna otra explicación.

Tras asegurarse de que el timón estaba bien amarrado, se alejó de allí.

—Aquellas malditas cajas... —masculló distraído.

Bajó a su camarote, abrió el cuaderno de

bitácora y otra vez se sumergió en el pasado:

«Al poco de haber cargado las cajas comenzaron los primeros problemas. Al principio, un gran terror se apoderó de todos nosotros. La tripulación se despertaba en medio de crueles pesadillas, ya que, en las noches de calma, los sonidos provenientes de las cajas se esparcían por todos los rincones del barco. Hasta que un día tuvo lugar la fatídica tormenta. A la que se añadió la desgracia, pues alguien no ató las cajas como es debido, y a causa de los balanceos y vaivenes del barco, las cajas se soltaron y al entrechocar unas con otras se abrieron, dejando en libertad aquellas nauseabundas "cosas", quienes, poco a poco, se adueñaron del barco.

Estábamos casi todos durmiendo, cuando unos gritos terribles nos despertaron, y por primera vez vimos en el barco las sombras y formas de colores sombríos. Encontramos al cocinero muerto en la cocina, y pasamos toda la noche velando el cuerpo. El médico lo dijo con toda claridad: Ha muerto a causa de algún poderoso veneno. ¡Veneno! Toda la tripulación estaba pálida y como helada. Nadie se atrevía a decir lo que estaba pensando. Pero todos sabíamos que las inmundas "cosas" de las cajas, por alguna razón, estaban libres. Todavía no nos habíamos apercibido del accidente ocurrido con las cajas. Salimos de la cocina y ordené a dos marineros bajar a la bodega y mirar si las cajas se hallaban en buen estado. Los siguientes minutos transcurrieron en absoluto silencio, y tan sólo escuchábamos los latidos de nuestros corazones. Permanecí ante la trampilla de

la bodega, junto con dos oficiales y el joven contramaestre.

Aquellos dos hombres nunca regresaron».

Todos estos recuerdos, aún tan cercanos, atormentaban por dentro a Juan Luis Igerabide. No tener con quien compartir sus recuerdos era, sin embargo, lo que más doloroso se le hacía. Hasta que un susurro atrajo su atención. Igerabide se volvió rápidamente y sacando la pistola descargó, con furia y rabia, todo el cargador contra aquella *cosa*.

—¡Malditas sombras! —gritó. Y su voz se perdió en el océano, inútil y terrible.

Asustado, según parece, por su propia voz, miró pálido y tenso al mar que se perdía en la noche.

Igerabide llevaba casi cuatro noches sin dormir y es por ello que, en un principio, si bien se sentía irritable y furioso consigo mismo, ahora parecía haber caído en un estado de continua estupefacción que, a pesar de todo, mantenía bajo control. Sabía que no había escapatoria posible. El mar aparecía ante sus ojos como una cárcel de proporciones gigantescas. Toda aquella libertad, una mera quimera. Como atrapado en una trampa.

Los ojos le brillaban, pero ya no estaban con él ni el contramaestre, ni los oficiales ni la marinería. Así que, «¿por quién verter una lágrima?», se preguntó con tristeza. También él seguiría pronto el destino de los demás. Faltaba poco para que también él se convirtiera en un muerto más en aquél barco desierto.

—Eramos en total veintiocho hombres — pensó en voz alta, todavía sin poder creerlo—. ¡Y sólo quedo yo!

Otra vez miró hacia el norte, hacia la dirección que el barco debía seguir. Casi sin prestar atención a lo que hacía, cargó más balas en la recámara de la pistola. El Polo Norte le llamaba. Aquellas *cosas* las habían recogido en un puerto de Africa. Por tanto, aquellas *cosas* no podrían soportar las bajas temperaturas. Lo más probable es que para entonces él ya estuviera muerto. Pero por esa razón precisamente había atado el timón. Incluso muerto, el barco continuaría su camino hacia el norte, como guiado por una mano invisible, como si también los propósitos fueran capaces de realizar un recorrido marítimo.

Aunque entender el mar no sea tarea fácil, existe sin embargo la manera de sacar algo en claro de todo ello, aun cuando lo que no podemos entender nos envuelva en un negro terror. Igerabide estaba tan fatigado que el terror ya no hacía mella en él. Además, todo aquello le parecía milagroso. Permanecía en silencio de pie en la cubierta del barco. También las olas parecían compartir aquél silencio.

—Sí... —murmuró—. Este es el momento de partir hacia el norte, de perderse en los hielos.

Esas palabras anunciaban su muerte, pero él no se dio cuenta de ello. El barco avanzaba deprisa, y sólo eso le importaba.

Y así continuó sumergido en sus recuerdos, hasta traer a la memoria el comienzo de la pesadilla:

«Los dos oficiales, el contramaestre y yo nos miramos sin pronunciar palabra. Por fin, uno de los oficiales dijo:

—Es inútil, capitán. Esos dos hombres nunca regresarán.

Aquellos fueron momentos duros y amargos. Una solución era cerrar a cal y canto la trampilla de la bodega. Pese a todo, sabíamos que eso no solucionaría el problema. Aquellas "cosas" eran diminutas y escurridizas. ¡Seguro que llegarían a encontrar cientos de orificios, cavidades y hendiduras, hasta acabar extendiéndose por todo el barco y apoderarse así, no ya sólo del buque, sino también de nuestras vidas! No hice partícipe a mis compañeros de este razonamiento, pero observé que también ellos habían llegado a la misma conclusión.

Amaba al contraamaestre; y también a los oficiales, a los marineros y al mismo barco. Sólo Dios sabe lo doloroso que fue para mí enviar dos tripulantes más a la bodega.

—Aguarde dos minutos, capitán —me pidió el contraamaestre—. Yo mismo iré abajo, si en ese tiempo no hubieran vuelto los dos hombres.

Dos minutos... ¡e incluso casi una hora entera transcurrió! Pero no le permití al contraamaestre bajar a la bodega. Ordené a un marinero que lo hiciera. Pero éste se negó. Yo, comprensivo, pedí un voluntario. Antes hice formar en cubierta a todos los hombres, ya que no tenía sentido andar ocultando la gravedad de la situación. Un viejo marinero dio un paso al frente. Casi inmediatamente, otro marinero se apresuró a hacer otro tanto. Pero el viejo marino se opuso con firmeza.

—Ya se han perdido dos hombres, capitán, y yo soy viejo. Pase lo que pase, mi pérdida no será importante para el barco».

El capitán Igerabide lanzó un profundo suspiro

y se frotó los ojos con los dedos, emocionado al recordar la entereza y generosidad del viejo marino.

Se apercibió de que la luz de popa estaba apagada y se dirigió allí para encenderla. La luna estaba alta en el cielo e iluminaba el carguero y el mar verde-oscuro.

Cuando se disponía a meter la mano en el farolillo para encenderlo, vio que algo se movía dentro.

Casi por instinto llevó la mano a la pistola y durante un par de segundos quedó mirando fijamente a la *cosa*. A pesar de la luna, ese lado del buque estaba sumido en sombras, por lo que sólo podía distinguirse una silueta oscura. De repente, dos puntitos brillaron. ¡Eran los dos ojos de la *cosa*!

—¡Maldito seas! —rugió.

Y disparó su arma. Un sólo tiro en esta ocasión. El farolillo salió despedido por los aires en mil pedazos y los trozos fueron a parar al mar, que se los tragó indiferente. No quedó apenas rastro alguno de aquella *cosa*, señal de que había acertado justo en el blanco. Únicamente quedó algo parecido a un trozo de carne y los rastros de un líquido oscuro.

—¡Uno menos! —gritó Juan Luis Igerabide con alegría.

¿Pero cuántos eran en total? Para entonces debían de ser docenas, tal vez centenares, dueños y señores del barco, como si una parte del infierno se hubiera valido de su buque para escapar. Y sintió ganas de gritar. Y gritó con todas sus fuerzas y su grito se escuchó ronco y estremecedor en medio de aquél mar insensible.

La luna tembló en las aguas, apareciendo y

volviendo otra vez a desaparecer a lomos de las infatigables olas, como jugando. La preciosa y delicada luna que ríe de los seres humanos. Tan lejana, tan redonda, tan simple y sofisticada... Juan Luis Igerabide no disponía de nada más para olvidarse de su sombrío destino, y al fin y al cabo, es la belleza —incluso en los momentos más difíciles— el único descanso y evasión que le queda al ser humano...

Igerabide continuó escribiendo en su cuaderno:

«Las palabras del viejo marino nos conmovieron a todos. En aquél instante, entre todos los miembros del barco, sentimos superada cualquier tipo de categoría ligada al escalafón. Era un sentimiento hermoso. El peligro, la cercanía de la muerte nos hacía a todos iguales. Y sobre todo, el amor y valentía de aquél marinero raso...»

El viejo marino descendió a la bodega y ya no volvimos a verlo nunca más con vida. Ahora todo estaba muy claro. Aquellas cosas, o al menos, la mayoría de ellas, habían recobrado la libertad... ¡y tenían hambre! Estaban hambrientas, o rabiosas, o nos atacaban por pura diversión... ¡Quién sabe! ¿Qué importa ahora conocer o no las razones? Cuando todo está perdido, qué claro ve uno que la Ciencia — ¡las razones!— no vale un comino, que la Ciencia es el sueño humano condenado al fracaso.

Di orden de cerrar la trampilla con clavos y tablas. Pero esta medida resultó en vano y no nos asombramos cuando de allí a poco otro marino apareció muerto. Este al menos lo juzgamos por afortunado, ya que la muerte le había llegado estando

dormido. Otros, por el contrario, no gozaron de la misma suerte y hubieron de abandonar este mundo en medio de gran terror y dolores físicos.

De vez en cuando atrapábamos alguna de aquellas cosas y entonces la matábamos con rabia y furor. En tales ocasiones, todo el barco parecía retumbar con palabras esperanzadoras. Pero en seguida acaecía una nueva muerte y volvíamos a caer en la desesperación.

Transcurridos quince días, el barco ya no parecía humano. Sentíamos que algo que no alcanzábamos a comprender nos había jugado una mala pasada. Por otro lado, el barco continuaba avanzando poco a poco, como si no tuviera prisa por llegar a ningún sitio.

Los hombres trabajaban como si fueran fantasmas. Silenciosos, se movían con miedo, intentando no pensar en aquellas "cosas" que escuchábamos arrastrarse por el suelo; aunque sin poder conseguirlo, claro está, pues aparecían en todos lados, y nos imponían más respeto incluso que el mar, sobre todo a las noches».

Juan Luis Igerabide dejó de escribir, cogió la pistola que había dejado encima de la mesa, apuntó con cuidado y disparó. La bala dio de lleno en una de aquellas cosas.

—El segundo que liquido en apenas una hora —dijo con voz lejana. En esta ocasión no mostró alegría alguna. Sabía que el barco estaba lleno de huevos, es decir, aquellas cosas habían comenzado a procrearse en el barco, y a hacerlo además a una velocidad increíble. Una vez encontraron un nido y en

una sola puesta llegaron a contar más de quinientos huevos.

—¡Ah, qué situación! —exclamó cerrando el libro y levantándose de la mesa. Subió arriba, para asegurarse de que el timón continuaba bien amarrado.

Excepto la oscuridad salvaje no disponía de otra compañía. Pero él tenía preparada la victoria. Era increíble ver cómo avanzaba el barco incluso sin tripulación, tan ágil, tan veloz... Parecía que el viento deseaba liberarlo de aquél horror. Sí, tenía que llegar al Polo Norte. Allí libraría su barco de aquella pesadilla. Allí, en el corazón de hielo de la tierra, encontraría la mejor de las venganzas. Observó otra sombra moverse en una esquina, pero no le disparó, sino que se conformó con lanzarle una mirada rencorosa.

Podía ver a lo lejos los rostros de sus marineros, riendo, cantando, gritándose unos a otros. Recuerdos que eran como huesos... Se sentía como el padre que ha perdido a sus hijos en la guerra y acaba de enviudar. ¡Qué robustos, joviales y sanos eran todos!

—La mejor tripulación de marinos y oficiales. ¡Maldita sea! —gritó de repente.

Su grito se sumergió en la noche. No había una sola luz a la redonda. Y pensó que era mejor así, porque él ahora ya tenía una finalidad, un objetivo: tenía que llegar al Polo Norte. ¡Lo haría por su tripulación! ¡Por su barco! ¡Por sí mismo también! Pero y si acaso avistara un barco... quién sabe si en un momento de debilidad no abandonaría su descabellada empresa. «Lejos de la civilización, no resulta difícil comportarse con valor y firmeza», pensó con ironía.

De súbito, notó que algo se había posado en su cuello. No tuvo siquiera tiempo de reflejar un gesto de pánico. Sintió un pinchazo.

Con un golpe de la mano apartó de su cuello *la cosa* y una vez en el suelo la aplastó una y otra vez con el zapato, enloquecido, como si toda la rabia del mundo hubiera estado dentro de él aguardando aquél instante. Pero ya no había nada que hacerle. *La cosa* le había picado en el cuello, y para colmo de males, en la vena principal.

Su muerte era inminente. Juan Luis Igerabide alzó los ojos a la frontera del cielo, embrujado por los últimos instantes de su vida. Alargó el brazo y tocó con la mano el timón, para asegurarse de que continuaba bien atado, puestas todas sus esperanzas en aquél obstinado propósito. La luna pasó por sus ojos una mano blanca y él cerró los ojos, al recordar qué espantosos eran los muertos que yacen con los ojos abiertos. Y sintió que el mar y el viento que impulsaba la nave eran ya parte de sí mismo. Y no le importó morir así en aquél lugar, sino al contrario: le pareció hermoso. «Sólo los idiotas se sienten libres», pensó embriagado de alegría. Por primera vez experimentó en su piel la llegada de un aire frío, y ello le causó una inmensa alegría: la realidad del Polo Norte había comenzado a tomar forma. Y así era, sí. El hielo y la noche de seis meses y las temperaturas terriblemente bajas acabarían con todas aquellas nauseabundas *cosas*. Los seres que por fatalidad habían traído la muerte al barco serían a su vez aniquilados por un propósito claro y tenaz. Luego, perdió el sentido; y la muerte —vestida con un manto de salitre— tomó su

lugar.

Al barco no le importó aquella muerte; continuó cortando el mar, ágil y valeroso, con la misma obstinación del capitán Igerabide. Las muertes ocurridas en los pasados días y noches, las *cosas* desparramadas por todo el barco, el cadáver que yacía serio y silencioso junto al timón... Era como si la nave estuviera transportando una carga de recuerdos hacia el reino del olvido, como si unos hombres lo hubieran construido expresamente con esa intención.

Era un barco negro y plagado de alimañas en medio del mar, lejos de los hombres, que tenía por única tripulación a un cuerpo ya en estado de descomposición —tan misterioso como el dolmen que se alza en la montaña— y que se dirigía hacia un destino imposible de adivinar —sólo el cadáver conocía su rumbo, ya que el barco era evidente que no iba a la deriva, sino guiado por un claro propósito.

Pero al mismo tiempo su aspecto era solitario y siniestro. Y sólo esas dos cosas eran más que suficientes para aterrorizar a cualquiera que lo viese, ya que desde luego se trataba de una visión inaudita. Sin embargo, a pesar de su aspecto terrible, había en aquél barco algo que lo hacía digno de ser amado (digno de ser amado únicamente para quien conociese la historia, al igual que sucede con la luz encendida en la ventana de la casa deshabitada —a no ser que de antemano se conozcan las razones—). Así pues, la nave avanzaba ágil, imponente, jubilosa y decidida, impulsada por un sinnúmero de sentimientos, infatigable, como si el mismo viento hubiese decidido entrar a formar parte del terrible destino de los

tripulantes del barco, como si también el mar hubiese decidido que *era preciso hacer algo*. Y entonces la naturaleza ya no era algo que estaba al margen de los seres humanos —como lo están en tierra firme las piedras y los montes asombrosos—, sino que se convirtió en algo carnal, no inánime y frío, sino lleno de vida e inquietud hacia los hombres del barco, a causa de los hombres del barco. Como si al fin se hubiera dado por acabada la larga lucha del hombre contra la naturaleza.

Transcurridas dos semanas, aparecieron los primeros hielos. Y al cabo de cuatro días, en las planchas del barco y en toda la cubierta comenzaron a apilarse gruesos montones de hielo. El olor a descomposición de los pasados días —que emanaba, claro está, del cuerpo de Igerabide— desapareció de improviso, al ser interrumpido por las bajas temperaturas el proceso de descomposición. Y al fin, la nave quedó atrapada en aquél mar de hielo. Y el buque parecía estar convencido de que el universo —ahora que había logrado su objetivo— volvía a recuperar su sentido originario, y que había llegado la hora del descanso. ¿La hora del descanso? ¡También la de la venganza! Los cadáveres de los marinos esparcidos a lo largo del mar podían ahora reír satisfechos —¡el destino de las nauseabundas cosas había llegado a su fin—!; también Juan Luis Igerabide podía ahora dormir tranquilo —¡el Polo Norte sabría, implacable, dar buena cuenta de las espantosas fieras!

El frío, sin apasionamientos pero con contundencia, buscando en todos los rincones del barco y poniendo a la soledad de los hielos por testigo,

acabaría con todas las *cosas* y ya nunca más podrían volver a ser causa de perdición de todo un barco y de toda una estupenda tripulación.

Había aún una pregunta cuya respuesta quedaba en manos del destino: ¿descubrirían algún día el barco atrapado entre los hielos? ¿el relato de los hechos que Juan Luis Igerabide escribiera en el cuaderno de bitácora llegarían alguna vez a manos de otros hombres? ¿o, acaso, antes de que nadie pudiese llegar a descubrirlo, el barco debido a la presión de los hielos estallaría y acabaría en el fondo del mar, llevándose consigo para siempre su secreto? ¡Quién lo sabe!

Cuando el Profesor apareció por la puerta, salían chispas de sus ojos.

—¡No puede ser! ¡No puede ser! —gritaba una y otra vez.

Andaba arriba y abajo de la habitación y daba vueltas y vueltas a la punta de su bigote, presa de una gran agitación.

—¡Dos años de trabajo perdidos en balde! Pasas dos años de tu vida en la selva de Africa, jugándote el pellejo día a día, ¿y para qué? ¿Eh? Dígame. ¿Para qué?

El Director de la Compañía le miró de soslayo, dudando si debía contestarle o no. Al fin, poniendo a prueba toda su paciencia, replicó:

—Vd., Profesor, sólo ha perdido cuatro insectos. Pero yo he perdido un barco entero con toda

su tripulación.

—¡¡*Cuatro insectos!!* —rugió el Profesor—. Ha dicho... ¡¡*cuatro insectos!!* ¡Los animales más venenosos de Africa! ¡La colección más completa que iba a existir en Europa! Dos años perdido en el corazón de Africa... ¡para nada! ¡Un dineral, Dios mío! ¡Un dineral!

—Tranquilícese, se lo ruego —se limitó a responder el Director de la Compañía. La casa de Seguros le devolverá hasta la última peseta. Pero las vidas de mis hombres se han perdido para siempre.

El Profesor no le prestaba atención. Con una mano cuyos temblores no podía dominar acomodaba una y otra vez los anteojos sobre su nariz, y no cesaba de gritar.

—¡Las culebras más venenosas, las arañas más espeluznantes, escorpiones letales, sapos verdes que con sólo tocarlos te fulminan al instante, la temible mosca tsé-tsé, insectos portadores de mil y una enfermedades, un tropel de terroríficos animales aún sin clasificar... Al menos una docena de machos y hembras por cada especie. ¡Y todos perdidos! ¡Un dineral! ¡Un dineral! ¡Qué día más negro para la Ciencia!

EL MISTERIO DEL FARO

*A todos
aquellos que
fueron
oprimidos en
razón de su
raza, sexo,
cultura y
condición (la
culpabilidad
inconfesable,
difícil de
admitir, del
ser humano).*

La señal del faro quedó para siempre en su memoria como la luz más hermosa nunca vista. Y aún esforzándose, no podía traer al recuerdo nada mejor con lo que dar comienzo a su relato. Por otro lado, el viejo marino no tenía ya la memoria que en una época pasada tuvo y, por consiguiente, no le quedaba sino valerse del recuerdo que más honda huella había dejado en él. Recuerdo que era como un rumor inquietante llegado del pasado.

—De allí a algunos días, vi una luz en el mar —contaba el viejo por enésima vez.

El viejo cerró los ojos, a fin de retener mejor los recuerdos.

—Aquella luz parecía estar embrujada — recordaba—. No era de este mundo. Era como un grito que no puede comprender nuestra inteligencia, la llamada hecha para el naufrago, dando vueltas y vueltas en aquella extensión desolada.

Calló por un momento, como si tuviera ante sí la visión de aquella noche.

—Sí, los ojos se me llenaron de lágrimas. Era un ser tan desvalido en medio de aquél mar, arrastrado por las misteriosas corrientes...

Cuando estuvo más cerca, recordó que vio árboles.

—¡Árboles! ¡Eran tan asombrosos, tan fantásticos! Con esos brazos suyos enramados señalando hacia el cielo, como si gritaran... Estaba a unos cien metros de tierra firme. ¡A unos cien metros! Árboles, y barro, y agua dulce... ¡Tierra!

La tierra que acoge nuestros muertos.

—Yo en aquella época era ya un hombre hecho y derecho. Sin embargo... me eché a llorar. ¡A llorar! El faro lanzaba a mi rostro un chorro de luz. Y a continuación iluminaba los árboles. Y la tierra oscura. ¡Y las piedras! Ay, las piedras qué maravillosas eran... Estaba saliendo de aquella noche monstruosa, sí... Y al fin, puse el pie en tierra. Y me sentí allí tan extranjero como la propia tierra que pisaba, arrodillado en una pequeña ensenada, mis dientes castañeteando sin cesar. ¡Dios mío! ¡Yo en aquél instante no era absolutamente nada! Yo no era sino una minúscula cosa que el mar acababa de escupir, ¡y nada más! Creía que iba a volverme loco. Estaba tan lejos de todas las cosas... No sabía si era un ser humano o una ola,

llegada a aquella playa por pura casualidad, al igual que la ola chiquita y anónima llega a una playa del Ecuador.

El náufrago tomó en su mano un puñado de arena y se lo llevó a la boca. Comenzó a toser y vomitar, a resultas de la arena atravesada en su garganta. Vomitaba toda la soledad, miedo, angustia, desesperación... que había sentido en el mar. Pero el mensaje del faro estaba allá, tan brillante como el marfil, similar a la mano extendida en medio del desastre, como diciendo «te he salvado de las entrañas del mar». Luego, el mar cayó en un silencio.

—Yo no sé cómo salí de allí —continuó el viejo marino con su relato—. Pero al abrir los ojos, vi que estaba vestido con ropas secas. Y el fuego ardía en la chimenea, ágil e insolente.

Se apercibió de aquél calor humano que le devolvía la emoción, y entonces supo que acababa de recuperar un pasaje de su infancia y la propia vida.

—De todos es sabido que tales experiencias son difíciles de asimilar, y aún consiguiéndolo, que se ha de pagar un precio. La mía fue una experiencia que, desde luego, no se la deseaba a nadie. De veras. Pero vayamos al grano. Dejemos, pues, las «frases bellas» —rió— y prosigamos con lo nuestro.

Según podía recordar el viejo marino, cuando vio a alguien al pie del camastro ello no le causó gran asombro.

—No tengo con qué pagarte —fue lo primero que se le ocurrió.

El otro respondió con una sonrisa.

—Puestos a pagar —dijo—, será con el faro

con quien tendrás que saldar tus deudas.

Sí, había un faro. Una luz suave, tierna y salvadora. Una luz que se movía como siguiendo un rito ancestral. Salida de imprevisto de la oscuridad, una luz que daba la mejor de las respuestas. La luz que aguarda a quien agoniza, porque llega un momento en el que la única realidad es abstracción, y negar esa abstracción sería como negar la felicidad. Recordó el faro, tan extraordinario... Era del todo insólito: salvado por la distracción de un pequeño dios... ¿Qué conclusiones pueden sacarse cuando tú eres el único que ha salido con bien del desastre? Sería un gran disparate sacar conclusión alguna.

—Tienes la impresión de que «algo» te ha utilizado. Y punto. Los días han transcurrido como en una taberna situada fuera del tiempo... Yo fui aquél. Yo conocí a tal persona. Nada. Al fin y al cabo, nos fascina el carácter de nuestra propia nulidad. Y nos alzamos para decir adiós al paso de la historia... cuando vemos que los años avanzan más deprisa que nosotros, una vez dejada atrás la juventud, como la hoja marchita.

Aquella suerte de luz había quedado, sin embargo, para siempre en el corazón del viejo. Era como un recuerdo sin final que hubiera encontrado en él un misterioso lugar donde cobijarse.

Tal vez impulsado por ese misterio, prendió en él el deseo de llegar a conocer todo lo referente al faro. Pero halló a los lugareños parcos y escasos en palabras. Le parecía que hubiese una prohibición acerca de aquél tema... y pronto también advirtió que a nadie le gustaba hablar de ello.

El pueblo de *** estaba en la costa, y casi todos sus habitantes eran de oficio pescadores. El viejo quería saber; quería mostrar su agradecimiento a la persona encargada del faro. Pero nadie sabía nada. Y cuando les preguntaba todos escurrían el bulto de bueno o de mal grado, con disimulo o con descaro. Les daba lo mismo.

—Un día, caminé hasta el amanecer. De repente, el faro apareció ante mis ojos. Estaba sólo a unas cuantas docenas de metros de tierra, aislado en el mar, aunque en marea baja casi-casi hubiera sido posible llegar hasta allí andando. En la parte media-alta del faro había unos ventanucos, y en uno de ellos, me pareció ver la silueta de una mujer. ¡Una mujer!

Tras de aquél insólito descubrimiento, decidí no abandonar el pueblo hasta llegar a conocer el misterio del faro. Y así mismo lo hice, tal y como más adelante podréis comprobar.

—Cuando la vi, sentí en el corazón un dolor suave y dulce. Como el que te produce la mujer que te ha rechazado. Aún así, quería mostrarle mi agradecimiento. Quería decirle que... —el viejo dudó, tratando de dar con las palabras adecuadas—, tenía que explicarle que... cuando estaba perdido en el mar, cómo me sentía... que la noche era como un túnel eterno, y que yo luchaba por llegar al otro lado pero había algo que me lo impedía...

Así, colmado de emoción, contaba a todo el mundo su historia. Parecía que era hombre de una sola historia, pues siempre contaba lo mismo. Pero en realidad era individuo de muchas vivencias. Sin embargo, el recuerdo por lo general retiene aquello

que nos dejó marcados con la obstinación del hierro incandescente.

—El mar me gritaba «estás acabado», pero el faro me decía «te voy a ayudar». Recuperé la emoción. Qué importante es recuperar la emoción... Eso te devuelve la esperanza. Yo era un tronco de carne que flotaba en el mar, mecido y arrastrado aquí y allá por las olas y las mareas. Pero el faro despertó en mí la emoción, y mis brazos otra vez empezaron a trabajar. ¡Ahora ya tenía un objetivo! Tenía que llegar a la playa. ¡Tenía que llegar al punto que la luz me señalaba! Ja, ja. ¡A la playa! Los brazos otra vez eran míos (¡obedecían mis órdenes!). Estaba vivo, y... ¡quería seguir estándolo! Y todo eso gracias al jirón de luz que rasgaba la noche a cada momento.

El viejo otra vez retrocedió en su historia al día en que vio la silueta de la mujer en la ventana del faro.

—Por eso, permanecí largo tiempo en un estado de ensoñación mirando su imagen. Y cuando desperté de mis sueños, la imagen había desaparecido. Forcé la vista todo lo que pude, pero en vano. Una sensación de irrealidad parecía gritarme desde aquella ventana, al tiempo que el mar rugía con furia, como si me ordenase:«¡Vete!». Caminé por la orilla del mar hasta que entré en el pueblo. Os lo digo de veras: tenía que llegar a descubrir el secreto de esa mujer. Porque si no lo hacía, aquél misterio me perseguiría durante el resto de mi vida. Y yo no quería pasar la vida entera al filo de una pregunta.

En el pueblo había dos familias principales, ambas en situación envidiable (aunque en la ciudad no hubieran tenido posibilidad de ser nada). Y según pudo

saber el viejo, la mujer era hija de una de aquellas familias. Comprendiendo que no habrían de llevarle a ningún sitio las «investigaciones» que realizaba por el pueblo, decidió acudir otra vez a la cabaña del hombre que le había acogido la noche en que fue salvado del naufragio. Éste en un principio permaneció mudo a sus preguntas. Pero al final, al verlo tan apurado en razón de su extrema curiosidad, condescendió a ofrecerle algunas aclaraciones.

En el pueblo vivían dos familias poderosas. Y la enemistad entre ambas era tan real como su «poder». A fin de cuentas, le hizo saber que se trataba de la historia de un hombre y de una mujer.

—¿Como Romeo y Julieta? —preguntó un poco burlón.

Mas, su interlocutor, no estaba de talante para bromas y evadió malhumorado la ironía.

—Escucha —comenzó—, la culpabilidad no es una carga que puedas tomar a broma. Cuando piensas que eres culpable, cuando el gusano de la conciencia te corroe a cada momento... No sé cómo decirlo, pero es algo que no te deja vivir en paz. En cierta ocasión, un día, durante unas horas, o tan sólo durante unos segundos, saber que obraste como un delincuente... ¿Comprendes? Cierras los ojos y sólo encuentras el lado oscuro del hombre. Como cuando tú eras un náufrago en el mar. ¿Entiendes? Estabas sumido en la oscuridad. Te dabas ya por muerto, habías incluso empezado a desear la muerte. Pero de repente viste la luz del faro y de nuevo hallaste la fuerza y la voluntad para seguir viviendo. Eso es lo que ha ocurrido en este pueblo. Tú, si quieres, puedes

reírte. «Romeo y Julieta», ¿verdad? Pero yo sólo voy a decirte una cosa. Es una historia de amor. Una historia dura, imposible, que comprometió a todo el pueblo, y el pueblo entero tomó partido a favor de unos... y en contra de otros. Todas las noches, cuando se enciende la luz del faro, esa luz que sin interrupción se enciende y se apaga, es una luz que viene a salvarnos. Y nos hace sentir mejor. Porque nos hace recordar nuestra vergüenza. Y nos alivia del peso que nos oprime día a día. ¿Comprendes? Como cuando estabas náufrago en el mar. Viste el haz de luz y te salvaste, ¿no es así? A veces, mira, te diré qué es lo que pienso: que ese faro no está ahí para salvar a los marinos, sino para salvarnos a nosotros, para que recordemos. Porque la memoria es lo más importante de todo. Una vez fuimos o no fuimos nunca. No es lo mismo, ¿verdad? Lo realizado en el pasado es la afirmación de lo realizado en el presente. «Yo una vez fui; por tanto, todavía soy, puesto que soy capaz de recordar». Pero la culpa, la acción equivocada, trae a la vida el pasado, y entonces el pasado se convierte en presente, para bien o para mal. «Romeo y Julieta» —acabó con desprecio, y escupió al suelo.

Escuchadas aquellas palabras, el viejo quedó muy impresionado. Pero para desgracia suya, le fue imposible sonsacarle nada más. Al menos, por aquella noche. El tiempo habría de contarle el resto.

Le parecía que el antiguo pueblo estaba bajo el poder de un admirable secreto. El mar le había pasado una soga alrededor del cuello y él quería saber por qué no había apretado el nudo y por qué no se lo había llevado consigo a las profundidades, tal y como hizo

con el resto de sus compañeros del barco (estaba prácticamente convencido de ser el único —o uno de los pocos— que habían logrado salir con vida del naufragio).

El pueblo vigilaba su secreto como si se tratara de un tesoro, como el oro enterrado profundo bajo tierra.

En cierta ocasión, fue testigo de un hecho sorprendente: una barca se acercó hasta el faro, dejó al pie de la escalera un montón de comida y luego se marchó. Las cajas de comida permanecieron allí durante bastantes horas. Luego, de súbito —o, al menos, así se lo pareció a él— la mujer hizo su aparición por la pequeña puerta, metió dentro las cajas y volvió a desaparecer, como si nunca hubiera existido. Le vino a la memoria una vieja costumbre de su pueblo, la costumbre según la cual se dejaba comida a las muertas.

—«Argizaiolak¹», sí. Se dejaba luz y comida a los muertos. El faro era una impresionante argizaiola que tenía que mostrar el camino a los muertos, que tenía que llevarles un poco de calor humano a los pobres muertos. ¿Pero aquella mujer estaba viva o estaba muerta? Empezaba a dudar de mi cordura. Miraba a mi alrededor en busca de una respuesta. Y sólo me llegaban los latidos de mi corazón. Si la mujer estaba muerta, ¿cómo era posible que un muerto hiciera llegar luz y calor a los demás muertos? ¡Era imposible! ¿No es acaso el calor la principal particularidad del ser humano? Tenía que estar viva... Las nubes pasaban

¹ Madera labrada en torno a la cual se enrollaba la cera que, en la sepultura o en la iglesia, se ofrendía a los difuntos.

dando vueltas sobre mi cabeza. Y yo no sabía cómo discernir el cielo y el mar. Eran tan parecidos... Yo solamente recordaba, cuando estaba perdido en el mar... que tenía la piel arrugada por completo... y cuando alcé los ojos hacia el cielo azul, me pregunté por qué ese cielo era tan hermoso... ¡y comencé a llorar en mitad del océano! Pero no por mí... No sé... Era tan hermoso estar allá, morir de esa manera, tal y como murieron mis compañeros... Comprendí que el mar era exactamente lo que yo era: algo incomprendible, lanzado a aquél lugar por un propósito divino; un dios todo-creador que está solo; como Dios que llora en su soledad, más allá de la piedad y del amor; lejos de todo odio y violencia. Y así hasta que la luz de la argizaiola iluminó el mar. Entonces, me di cuenta que otra vez volvía a ser persona. Cuando me apercibí de la cercanía de otros seres humanos, al ver que estaba logrando escapar de aquella naturaleza taciturna y cruel, entonces, otra vez comencé a reaccionar como lo hacen las hombres. Por ejemplo, lloré. Y mis brazos obedecieron las órdenes que les daba. Aquél pedacito de playa... Sombrío por la noche, pero a pesar de todo, amarillo... Cuando la arena está seca, ya sabéis...

El viejo solía permanecer al acecho desde lo alto de una colina, aguardando a que saliera la mujer del faro. Gracias a un viejo prismático, observó que ésta tenía ya una cierta edad. Por tanto, lo acaecido con ella debió de haber ocurrido hacía ya bastante tiempo. De esta manera razonó. Y no andaba equivocado.

—Me acerqué a una chica que apenas nunca

había reparado en mí. Se llamaba María. Tendría unos dieciocho años y acudí a ella con la esperanza de que tal vez pudiese ayudarme a entender todo este asunto. La chiquilla era más inocente que una flor de primavera, y no sólo no receló de mis palabras, sino que tampoco llegó a darse cuenta de que mi interés hacia ella estaba encaminado sobre todo a esclarecer el cada vez más extraordinario misterio del faro. Era demasiado joven y, al poco tiempo, comenzó a relatarme la historia sin duda escuchada de labios de sus padres. Y lo hizo tan bien como lo hubiera podido hacer una cotorrita bien educada.

«... Cuando tuvieron noticia de ello, las dos familias montaron en gran cólera. Su mutua enemistad era antiquísima, y nada querían saber el uno del otro. ¿Unir a las dos familias? ¡Estaría bueno! ¿Dar por finalizado el odio que, durante siglos y siglos, había llegado a transformarse incluso en una institución para ellos? ¿Qué pensarían en el pueblo si acaso ahora se doblegaran? ¡Vaya locura! Así que, cuando comprendieron que no había manera de tomar la delantera a los deseos de ambos jóvenes, las dos familias decidieron cada una por su cuenta dejarles sin bienes y retirarles todo tipo de ayuda. Pero los dos jóvenes continuaron adelante, pues tenían puestas todas sus ilusiones en su amor. El cogió en alquiler una pequeña e insegura embarcación. Con lo que pescaba en el mar pagaba todos los meses el alquiler de la lancha. Vivían en una borda no muy lejos de la orilla, en una pequeña cabaña en la que el viento se burlaba de ellos implacable.

Durante un par de años, las cosas siguieron así.

Hasta que un día él le dijo:

—He conseguido ahorrar un poco de dinero, y creo que ya es hora de tener nuestra propia chalupa.

Y compraron una chalupa recién construida. ¡Era suya, de su propiedad! Su júbilo aquél día es fácil de imaginar. Veían superada la enemistad de ambas familias. ¡Había llegado el momento de iniciar una nueva época!

Aconteció el día de bautizar la lancha y él le preguntó a ella qué nombre quería darle. Ella dudó durante un instante y guardó silencio. Entonces, él se apresuró a decir:

—La llamaremos «Maite Zaitut»².

El corazón de ella fue como si hubiese sido dulcemente acometido por una ola. No le puso reparo alguno, claro está.

Aunque el viejo había puesto en labios de la joven María el hilo de su narración, de vez en cuando añadía sus propios recuerdos y reflexiones.

—Cuando los padres de la chiquilla vieron que solíamos juntarnos para charlar, no me sorprendí al saber que la regañaban por ello. Y al día siguiente, cuando apareció María con rostro preocupado, casi incluso estuve a punto de apartarla de mí. Pero no fui capaz de hacerlo. Y ambos nos alegramos de ello, porque el puente entre ambos estaba ya construido, y sabíamos además que estábamos haciendo «algo importante», es decir, estábamos sacando la verdad a la luz, estábamos haciendo frente a la verdad

² «Maite zaitut» equivale en euskara al «I love you» del inglés, al «Je t'aime» del francés o al «Te quiero» del castellano.

enmarañada en el pueblo. Entonces, un sentimiento singular se apoderó de nosotros. La preocupación en parte falsa en parte real de la chiquilla me hizo caer en un estado de temor. Y así, al tiempo que la incitaba continuamente a que prosiguiera con el relato escuchado a sus padres, la acometía con mis ojos alegres y llenos de curiosidad, y era casi como si la violara físicamente, ya que la inocencia de María era tan evidente, que incluso me convertía en culpable de «algo», como si en contra de su voluntad estuviera violentando la historia y el secreto de la misma.

María continuó con su relato:

«Cuando las dos familias tuvieron noticia de ello, determinaron estrechar aún más la precaria felicidad de los amantes. Nadie en el pueblo debía comprarles pescado, porque el que así lo hiciera, habría de vérselas con la ira de los dos caciques. Así, la lonja del pueblo les dio la espalda. Y se veían obligados a acudir hasta los pueblos de los alrededores para vender la escasa mercancía, unos cuatro o cinco kilómetros de ida y otros tantos de vuelta, sin carro ni animales de carga. El camino lo recorría ella, descalza. E incluso en los pueblos vecinos solía tener problemas para vender el pescado, porque los lugareños también allá la miraban con malos ojos —la influencia de sus respectivas familias parecía llegar a todos lados, como una maldición—. Muchas veces tenía que regresar sin haber conseguido vender ni un sólo pez, tropezando en las piedras y cantos del camino, sin siquiera reparar en las heridas de sus pies, tan profunda era la tristeza de su corazón.

Mientras tanto, él se veía obligado a pasar en

el mar mucho más tiempo que el resto de los pescadores, aumentando de esta forma considerablemente los peligros propios de la profesión. Y eso todos lo sabían. Y aunque nadie quería reconocerlo, todos eran conscientes de ello. Y permanecían aguardando a que un día u otro sobreviniera la desgracia, barruntando el final del desafío pero, al mismo tiempo, creyendo que tal vez aún podría haber alguna sorpresa. Tal vez, deseando que así ocurriera.

—¡Ay! —exclamó el viejo—, a medida que escuchaba el relato de María, ¡qué fundado era mi temor y qué emoción sentía crecer dentro de mí!

La conversación de los próximos días fue breve y de poca trascendencia. El invierno avanzaba rápido y el frío de los últimos días iba quedando atrás.

«Marichu», pues así solía llamar a veces a su confidente, en aquella época solía reunirse muy de vez en cuando con el ya hoy viejo marino. Por un lado, sus padres la tenían muy vigilada; y por otro, los últimos días habían sido realmente duros, con un tiempo abundante en inclemencias de todo tipo. Pero él sentía cada vez más cerca el desenlace del relato, y aguardaba lleno de impaciencia la llegada de María, con la esperanza puesta en los detalles de la historia, pues sólo de esta manera podía entender por qué seguía con vida, por qué había sido él el único que se había salvado del naufragio, por qué aquella noche le libró de la muerte la luz del faro lanzándole un guiño de ojos.

—Incluso me preguntaba si acaso no estaría perdiendo el juicio. Pero de allí a poco, hicieron su aparición los rayos del sol y el perfume de las flores, y

no volví a pensar más en el sufrimiento y en la desgracia. Por supuesto, para entonces Marichu otra vez estaba conmigo, dispuesta por encima de todo a acompañarme durante las tardes, deseosa de dar el toque final —¡cómo no!— a la historia pendiente. Supe entonces que la primavera quería diseminar los días de martirio —los cuales habían quedado definitivamente atrás—. Y María reanudó su relato, y no se detuvo hasta alcanzar el final de lo acaecido:

«El joven cada vez pasaba más horas en el mar. A veces, a pesar de que se presagiaban con claridad las señales de la galerna, él continuaba pescando, obligado por su precaria situación. Y uno de esos días se levantó una galerna más impetuosa de lo normal, provocando en el mar remolinos de aire y arrancando a las rabiosas olas retazos de espuma blanca. Fue hacia finales de otoño. El quería tomar la delantera a los inhóspitos días del invierno, y tratar de capturar todo el pescado posible, sobre todo anchoa de pequeño tamaño. Nosotros observábamos desde la orilla su chalupa saltar de la cresta de una ola a otra. De súbito, el cielo se oscureció por completo, tal y como si la noche hubiera caído antes de tiempo. Temerosos de la tempestad, todos los pescadores del puerto hacía ya tiempo habían buscado refugio seguro en el puerto. Pero él aún continuaba faenando, y en el pueblo nadie esperaba que aquello fuera acabar con bien. La gente fue apiñándose, con curiosidad morbosa. Las olas se erguían cada vez más imponentes, y en número cada vez mayor. Verdes, azules, blancas... la piel del mar era de todos los colores, y su rugido iba «in crescendo», hasta

convertirse en un estrépito ensordecedor. El trataba de hacer lo imposible por gobernar la embarcación, y nosotros le observábamos maniobrar desde nuestro silencio, un poco resignados, barruntando lo peor. Cuando llegó la esposa del infeliz pescador, el silencio se hizo aún más profundo. Las tabernas del pueblo estaban vacías —todo el pueblo deseaba ser testigo del trágico desenlace—. De repente, escuchamos un grito. Lo lanzó ella, la mujer. Vimos a la chalupa hacer una cabrioleta en el aire. Luego, nada. Desapareció. En seguida, el pueblo comenzó a apartarse y regresar a sus casas, dejándola a ella entregada a su llanto. Ninguno de nosotros se le acercó para aliviar su pesar o compartirlo, ni nadie fue capaz de darle el pésame. Estábamos demasiado avergonzados. Sabíamos que una parte de la culpa descansaba sobre nuestros hombros; y también que el porvenir, en vez de mitigar el peso de nuestra falta, la aumentaría todavía más. La enemistad entre dos familias, y la cobardía de un pueblo entero... Por decirlo de algún modo. Al fin y al cabo, la necesidad manda sobre la voluntad del pobre. ¿O acaso estoy buscando excusas...?

Durante los próximos días la pobre mujer bajaba todos los días a la playa, como persiguiendo una ilusión desesperada, aguardando la resurrección imposible del malgrado y joven esposo. "Tal vez el mar se lo devolviera vivo agarrado a algún tronco..." La resistencia que se contrapone a la certeza de que los hechos han sido consumados, cuando falta la voluntad, la fuerza necesaria para admitir que no hay esperanza alguna. Hasta que una mañana la verdad desnuda nos abre los ojos: "No está. Se ha ido. Solía

sentarse en esa silla; y su camisa está ahí mismo, todavía recién planchada. Y esos eran sus zapatos. Y la casa aún guarda su olor.“

Con el paso de los días, el mar —claro está— no le devolvió a su amado. Pero ella continuaba bajando a la playa, y pasaba horas y horas allí, sentada en la arena, entregada a aquella inútil espera. No sé... Según unos, la pobre chica se volvió loca; y según otros, quiso construir un puente sobre su amor, un puente de luz, que atravesara el océano entero... hasta alcanzar la tierra de los muertos. Quién sabe. Había también quien creía que el hecho de haber sido testigo de la tragedia remodeló su personalidad, de tal manera que la impotencia de no haber podido hacer nada se le quedó clavada dentro de sí, y que precisamente para liberarse de ese insoportable peso fue que se le ocurrió la idea del faro. Es probable. Sea como fuere, el trágico desenlace sacudió el pueblo como si hubiera pasado por él un terremoto.

Un día, uno de aquellos días que bajaba a la playa, semioculto en la arena, le pareció ver algo que se le hizo familiar. Era un trozo de madera, de color rojo y verde, astillado y en evidente mal estado, tal y como suelen estar todos los objetos que devuelve el mar. Pero aquél no era un objeto más. Aquél era un trozo de madera arrancado a la embarcación de su hombre. El corazón comenzó a latirle con fuerza, y de rodillas, empezó a apartar la arena, como si esperase hallar a su amado bajo aquél trozo de madera podrida... Nosotros lo veíamos todo desde el pueblo. Escarbaba en la arena como una loca, casi casi a la manera en que suelen hacerlo los perros. Los tenderos

salieron a la calle, las mujeres se asomaron a las ventanas y a las puertas de sus casas, también los pescadores que faenaban cerca de la playa se pararon a observarla, curiosos. Y de imprevisto, la vimos abalanzarse sobre el trozo de madera y abrazarlo, como si se tratase de su amado. Y a continuación prorrumpió a llorar, pero también a reír. Y cubría de besos el pedazo de madera. Y así estuvo durante largo rato. Pensamos que había perdido definitivamente el juicio. Luego, volvió a dejar el trozo de madera donde estaba, se puso en pie con gran lentitud, y abandonó la playa... Desde entonces nunca más volvimos a verla ni en la playa, ni en el pueblo, ni en ningún otro sitio. Se encerró en el faro como si la hubieran condenado allí de por vida. Por supuesto, en cuanto se hubo marchado, todo el pueblo se acercó a la playa para ver qué era exactamente aquél dichoso objeto. Era un trozo de madera bastante grande, arrancado de la popa de alguna embarcación, y podía leerse con total claridad el nombre de la lancha. Las mujeres apenas lograron reprimir el llanto; los hombres se quitaron los gorros y se descubrieron, llenos de respeto; incluso los niños permanecían quietos y silenciosos, compartiendo la misma emoción de sus mayores. ¿Un último adiós? ¿un mensaje llegado desde la patria de los muertos? ¿o tal vez el de un amor suficientemente fuerte como para atravesar el reino de la muerte? Era tan claro, tan absoluto, tan emocionante... Dos palabras, y nada más: «Maite Zaitut».

LOS NAUFRAGOS

Se escuchó una gran bofetada en pleno océano.

—¡Ay! ¿Por qué has hecho eso? —gritó él sin poder entender la razón.

—¡Haz algo! Ya no puedo más. ¡Sácame de aquí! —le gritó ella completamente fuera de sus casillas.

Los dos estaban agarrados al trozo de madera que una vez había sido el mástil de su embarcación. Llevaban puestos los chalecos salvavidas y gracias a ellos se mantenían a flote. Habían transcurrido tres días desde que el pequeño velero comenzara a arder y se vieran obligados a saltar al agua.

—Vamos. No empieces otra vez a llorar. Pronto nos rescatará algún barco —intentó tranquilizarla.

Ella continuó gimoteando incluso con más fuerza que antes. Pero tragó agua y las toses y ahorcadas interrumpieron su llanto.

—Sólo a ti se te podía ocurrir irte a la cama dejando la sartén en el fuego —le reprochó ella con rencor.

—Fue un accidente. A veces los accidentes ocurren.

—¿Y qué tenías que hacer tú en la cocina a las dos de la mañana?

El lanzó una risita. Y dubitativo, respondió:

—Pues... Creo que te vas a reír cuando lo oigas.

—Adelante. No sabes cuánto anhelo saberlo
—replicó ella de mala gana.

El dudó unos instantes y al final dijo:

—Pues... ¡un huevo frito!

Ella comenzó a llorar otra vez y él se echó a reír de un modo estrepitoso, hasta que en medio del mar se escuchó por segunda vez una gran bofetada.

—¡Ay! Es el segundo en el transcurso de unos pocos minutos. Si vuelves a hacerlo, juro que me divorciaré de ti.

En esta ocasión fue ella quien no pudo reprimir una carcajada.

—Estaba pensando que... —hizo una pequeña pausa para expulsar un chorro de agua que había tragado—, si nos divorciáramos, tendríamos que repartirnos «los bienes». ¡La mitad del tronco para ti! —y acto seguido prorrumpió en unas estentóreas carcajadas.

Pasados unos minutos, ella todavía seguía riendo. De hecho, no podía dejar de reír: le había dado un ataque de histeria. Hasta que en medio del océano se escuchó la tercera gran bofetada.

—Perdona —tartamudeó la pobre mujer—. Creo que he perdido el control. No sé qué me ha pasado. Gracias.

—¿Gracias? —repitió él lleno de asombro—. ¿Por qué?

—Pues, por eso... Por la bofetada...

A él se le escapó una risita y a ella también.

Luego, ambos quedaron en silencio. Únicamente les llegaba el sonido del vocinglero océano.

—Arkaitz...

—¿Sí...?

—¿Tú... tú crees que saldremos con bien de ésta?

Arkaitz sintió los arrugados dedos de Laura apretando su mano suavemente.

Las olas del mar eran como latidos gigantescos sobre los que viajaban. Era casi como un juego. Andaba un poco de viento y la luna llena iluminaba a ratos la superficie del agua.

—Oye... —dijo de repente Arkaitz poniéndose en alerta—. ¿No has oído algo?

—¿Que si he oído algo...? —repitió Laura al tiempo que un atisbo de esperanza asomaba a su rostro.

Ambos contuvieron la respiración, esforzándose por escuchar algún otro sonido que no fuera el mar y las olas. Fue Laura la primera en exclamar:

—¡He oído la voz de alguien!

Por encima de las enormes y flemáticas olas, podía ahora escucharse con bastante claridad una voz de hombre. A decir verdad, se trataba de la voz de un hombre que estaba cantando. Y junto con el canto, llegaban hasta sus oídos entremezclados gran cantidad de insultos, carcajadas y todo tipo de comentarios absurdos. El mar les había preparado otra sorpresa.

—¿Quién anda por ahí? ¡Escuche! ¡Estamos aquí!—comenzó Arkaitz a gritar con todas sus fuerzas.

También Laura unió sus gritos a los de él.

—¡Ayúdenos! ¡Somos náufragos! ¡Por favor,

ayúdenos!

Por un instante los dos callaron, aguardando impacientes la respuesta.

Tratando de dar con las luces del posible barco, forzaban la vista hasta que la piel de los ojos se les quedaba dolorida. Por desgracia, no descubrieron ni rastro alguno de luces. De súbito, oyeron una voz que les llamaba. Al principio, debido a la lejanía o tal vez a la debilidad de quien les respondía, apenas entendieron nada. Pero un poco más tarde pudieron oír con total claridad la voz del «salvador»:

—¡Socorro! ¡Por Dios, ayúdenme! ¡Soy un naufrago! ¡Estoy aquí! Estoy aquí! —escucharon Arkaitz y Laura sin lugar a ningún genero de dudas.

Por un instante, fue como si el corazón les hubiera dado un vuelco. ¡Otro naufrago más! ¡Quien les llamaba era también un naufrago como ellos! No podían creerlo.

—Esto no es posible... No puede ser posible... —comenzó a decir Arkaitz reprimiendo a duras penas su rabia. Y dio un puñetazo en la superficie del agua, provocando infinitas salpicaduras y espuma que fueron a parar todas a su cara.

—Debe tratarse de una pesadilla. Eso es, una pesadilla —comenzó Laura a gimotear—. Yo estoy durmiendo. Sí. Estas mantas, mi cama... Todo está caliente y seco. Yo... yo...

—¡Ya basta! —aulló Arkaitz completamente fuera de sí—. ¡Tú estás aquí, conmigo! No estás en una cama seca y caliente. ¡Estás perdida en medio del océano!

—¡No! ¡No quiero! —comenzó otra vez a

lloriquear.

—Escucha, Laura. Te doy mi palabra que te sacaré de aquí.

—¡Ah, claro! El Capitán Trueno salvará a Sigfrido. ¡Enhorabuena, machista!

—Joder... —masculló Arkaitz con un gesto paciente.

—¡Eh! ¿Quién anda por ahí? —oyeron de improviso. Y otra vez: —¿Podéis hacer algo por mí? Luego continuaréis discutiendo, si os parece.

—¡Nosotros también somos náufragos! —gritó Arkaitz.

Escucharon a lo lejos unos chapoteos. Y al cabo de unos segundos, aquella voz que ya empezaba a hacerseles familiar replicó:

—¡Pues ahora sí que la hemos hecho buena! —y acto seguido una carcajada. Cuando la risa cesó la voz del desconocido dijo: —¿Sabéis cuántos kilos peso? —Sin aguardar la respuesta él mismo les contestó: —¡Peso ciento diez kilos! ¿No está mal, verdad?

Arkaitz y Laura otra vez le oyeron reír. Ambos se miraron un poco divertidos, pero no dijeron nada. Por fin, Arkaitz pensando que debía decir algo, le preguntó:

—Eh... ¿Se encuentra bien?

La voz del otro dio paso a una risotada. Y oyeron que a su vez les preguntaba:

—¿Tenéis alguna balsa o similar?

En esta ocasión fue Laura quien se apresuró a responder.

—No, estamos agarrados a un trozo de mástil.

También tenemos puestos los chalecos salvavidas.
¡Pero nada más!

Y el otro:

—Pues yo estoy en una pequeña balsa de goma. Sólo disponía de un remo y ayer, en un descuido, se me cayó al agua. Así que no tengo modo de acercarme a donde estáis. Además, estoy en medio de una fuerte corriente y, aun cuando tuviera el remo conmigo, no creo que pudiera reunirme con vosotros. Pero eso ahora ya no tiene importancia.

Arkaitz prestó especial atención cuando le oyó decir que estaba en medio de una corriente. El había estudiado muchas cosas acerca del mar. Por ejemplo, las corrientes muchas veces solían cruzarse unas con otras. Una corriente podía llevarte al Polo Norte; y otra, quién sabe, a Guinea tal vez. Nadie sabía gran cosa acerca de ello. Cómo se formaban las corrientes, en qué lugar, hasta dónde llegaban... Quién sabe. Pero siempre creyó que las corrientes eran como los destinos de los seres humanos: misteriosos, distintos, imposibles de predecir... Ellos también estaban en otra corriente, y para saber hasta dónde había de llevarles, aún tendrían que esperar un poco más. Mientras tanto, continuarían asidos al firme trozo de mástil, pues aquél insignificante trocito de madera era la única cosa que les proporcionaba seguridad y protección en medio de aquél océano hostil.

—Me llamo Imanol Lasarte —oyeron la voz que les llegaba por encima de las olas—. Intentaron matarme. Mi mujer y su amante intentaron liquidarme. Yo soy millonario... o lo era. Ya no lo sé — escucharon su risa—. Ibamos a realizar una travesía de

un mes. Mi mujer, mi amigo íntimo Joakin Urdaneta y yo. No sabía que estaban «liados». Y aún menos que tuvieran intención de «hacerme desaparecer». Pero lo supe todo. ¡Y a tiempo! Luego de matarme, dirían a todo el mundo que había caído al agua en un golpe de mar y que desaparecí sin dejar rastro. Pero yo descubrí sus planes. No preguntéis cómo. Eso ahora ya no tiene ninguna importancia —se le escapó una risita—. Pura casualidad. Ya sabéis. En fin, el caso es que les tomé la delantera. Así que cogí todas las provisiones que pude, desaté el bote salvavidas y... ¡aquí me tenéis! Al menos, todavía estoy vivo...

Al escuchar aquél relato, Arkaitz y Laura por un momento se olvidaron de que estaban perdidos en medio del mar. ¡Vaya una historia fenomenal! ¡Un crimen!

—¡Como en las películas! —exclamó Arkaitz lleno de asombro.

—¡Oiga! —comenzó a decir Laura, sin saber muy bien cuáles eran las palabras adecuadas—. ¿Podemos... podemos hacer algo por Vd.?

Tan pronto como hizo la pregunta se dio cuenta de que era una pregunta absolutamente estúpida. Pero ya estaba hecha y para entonces habría llegado ya, a través del aire o de las olas, hasta oídos del desconocido. Además, ¿a quién le importaba, estando perdidos en medio de aquél terrorífico mar, a quién le importaba ya ser estúpido o inteligente? Las épocas de la vanidad quedaban atrás. O delante. Qué importaba. ¿Acaso los límites del tiempo y del espacio no están siempre en continua confusión?

—¿Que si podéis hacer algo por mí...? —

escucharon de allí a poco—. Creo que sí... Si llegarais a tierra firme, contad a todo el mundo lo que habéis oído. Que todos sepan que intentaron matarme. Y que fueron mi mujer y su amante. El amante de mi esposa se llama Joakin Urdaneta. Joakin Urdaneta. ¿Lo recordaréis?

Las últimas palabras las entendieron con dificultad, ya que la corriente le impulsaba cada vez más y más lejos de donde ellos estaban.

—Joakin Urdaneta... —volvieron a oír desde una distancia muy lejana.

Luego, nada. La voz se extinguió. Otra vez quedaron a solas con el mar. Aún hicieron un gran esfuerzo para intentar retener el sonido de aquella voz, pero sólo lograron traer a su recuerdo la gravitación del mar y su soledad.

—Laura... —dijo Arkaitz con voz tierna.

—Sí... —respondió ella con melancolía.

—¿Alguna vez...? ¿Alguna vez...?

—Alguna vez, *¿qué?*

Arkaitz dudó por un momento si debía continuar o no, y al final decidió preguntárselo.

—¿Alguna vez me pusiste los cuernos?

Laura se echó a reír. Al principio, poquito a poco; y luego, cada vez con más fuerza; y por fin, parecía que su carcajada se hubiera convertido en el flotador que habría de sacarla de allí, tan necesaria e imprescindible sonaba su risa. Hasta que en medio del océano se escuchó la cuarta gran bofetada.

—Muchas gracias, Arkaitz.

—No hay de qué, Laura.

—Creo que otra vez he vuelto a perder el

control.

—No te preocupes. ¿Te he hecho daño?

—No, Arkaitz. Estáte tranquilo. Lo tengo bien merecido.

—Anímate, Laura. Cuando llegemos a tierra, podrás denunciarme por malos tratos.

—No pierdas cuidado. Te prometo que lo haré.

Arkaitz una vez más sintió los dedos arrugados de Laura apretar suavemente su mano. Y le sobrevinieron unas inmensas ganas de llorar. Por un momento, Arkaitz se preguntó si acaso no serían —él y Laura— dos astronautas perdidos en el espacio, expulsados por accidente de su cohete.

—Cuando éramos más jóvenes... ¿Recuerdas? —comenzó a decir Laura.

—Oye... —le interrumpió Arkaitz—. No sé si te has dado cuenta, pero... ¡somos testigos de un asesinato frustrado!

Laura se echó a reír.

—¿*Testigos de un asesinato frustrado?* — repitió con ironía—. ¿De qué dices que somos testigos? ¿Eh? Desde que estamos vivos, hemos tenido oportunidad de ser testigos de cientos, miles de asesinatos. Y... porque ahora somos testigos de un insignificante intento de asesinato... ¿vamos a empezar a darnos importancia?

—Laura.... Estás empezando a distorsionar la realidad... —le interrumpió Arkaitz sin demasiado entusiasmo.

Laura rió.

—¿Sabes una cosa?

Arkaitz se apercibió de la entonación especial con que Laura pronunció aquella pregunta, y barruntó algo malo. Pero por fin dijo:

—¿Qué cosa es ésa?

—Antes me has preguntado... —Laura se detuvo sin poder continuar adelante.

—¿Sí...? —la ayudó Arkaitz, tenso.

Laura permaneció dubitativa antes de responder. Luego, lanzando un suspiro —como si en aquél suspiro renegara del mundo— añadió:

—Sí, te puse los cuernos.

Arkaitz trató de pronunciar alguna frase importante, pero no se le ocurrió nada. Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas; sin embargo, procuró disimular su disgusto lo mejor que pudo.

Laura continuó adelante.

—Sí, sucedió en Azpeitia. Aquella noche... ¿Te acuerdas? Tocaba el grupo «Itoitz» en la plaza del pueblo. Los dos habíamos bebido bastante... Desaparecí durante unas horas.

Una ola enorme los tomó en su regazo y les hizo sentir como si estuvieran subiendo a la punta del Txindoki. Arkaitz no quería recordar nada. Sentía un dolor agudo y sordo en el corazón. Nada más. Cuando otra vez oyó la voz de Laura, ni siquiera se dio cuenta de que le estaba hablando.

—En aquella época estaba muy sola... Me tenías un poco abandonada...

Arkaitz sintió que ahora descendían cuesta abajo de la imponente ola. No sabía qué decir. Por fin, exclamó:

—Me comería una langosta con mayonesa —e

inmediatamente se sintió como un gran estúpido.

Laura no respondió nada. Pero en seguida le preguntó:

—¿Quieres que te deje, ahora mismo?

Arkaitz miró a Laura con asombro.

—Si quieres, Arkaitz, diré adiós ahora mismo al trozo de mástil.

Arkaitz la miró asustado.

—¿Qué dices...? —se limitó a responder.

Luego de una pausa, añadió Arkaitz:

—Vosotras, las mujeres, sois muy apasionadas...

El mar les envió una nueva ola, que de inmediato les hizo subir y descender.

—Y también excéntricas —añadió el mismo Arkaitz. Y otra vez se sintió un poco tonto—. Herodoto vivió hace 2.500 años —dijo como queriendo cambiar de tema.

—¡Qué! —exclamó Laura con estupor.

—Digo que Herodoto vivió hace 2.500 años —volvió a repetir Arkaitz. Parecía querer darse ánimos.

—¿Y...? —le preguntó Laura con un poco de rencor.

—Mira —le dijo Arkaitz—, hasta ahora siempre te he hablado utilizando los colores de la pintura —hizo una pausa—; pero ahora sólo vas a escuchar las palabras tal y como las siento. No quiero mentir más.

Laura rió.

—Ahora ya sé lo que es hablar —siguió Arkaitz sin prestarle atención.

—¡Mira! —le interrumpió Laura—. Una lata de Coca-Cola, ahí, al lado tuyo.

Pero Arkaitz no le hizo caso. En su soledad se sentía tan fuerte como un gobierno nacional. La voz de Laura le pareció odiosa. El también quería huir. Pero huir ¿de dónde?, ¿a dónde? Las respuestas eran tan resbaladizas y frías como lo era ese mismo mar en donde agonizaba. Y trató por todos los medios de traer a la memoria algún recuerdo de la juventud. Pero no lo consiguió. Y sintió una gran aflicción, porque él se entendía a sí mismo. Pero... ¿alguien más le entendía a él?

Laura no era más una abstracción perdida en aquél asqueroso océano. O, al menos, así se lo pareció.

Luego, se acordó de los críticos de arte y su enfado creció aún más —Arkaitz era artista, pero los críticos nunca le habían tratado demasiado bien—. Y justo entonces se dio cuenta de que él no tenía posibilidad alguna de salir con vida de allí. Pero no le importó.

Ya no prestaba atención a las siguientes olas. Sólo le preocupaba cada ración de aire que entraba a sus pulmones. Y mientras, comprendió que la historia había cogido su pluma y que había ya escrito todo lo que debía escribir.

«Ojalá fuera otro y ojalá que hubiera vivido como si hubiese sido otro», pensó.

Y allá, en medio de aquél maldito mar, junto a aquella mujer que él —creyó— no había amado nunca, se acordó de una pintura realizada hacía bastante tiempo.

—Sí —masculló para sí—. ¡Qué romántico

soy! Pero, ¿y a quién le importa?

—¿Esas eran las *grandes palabras* que ibas a decir? —le replicó Laura en tono burlón.

Arkaitz estaba dolorido. También él quería hacerle daño a ella. En aquel instante, aunque aquellos eran los últimos momentos de su vida, quería hacerle daño.

—También yo te he engañado. Y no sólo una vez, sino muchas. Siempre que he podido. Con las modelos del estudio. Con desconocidas. Incluso con las prostitutas. Con cualquiera.

—Maldito cabrón... —comenzó Laura a decir. Pero se calló, ahogada por el llanto.

Casi de inmediato se arrepintió de haber pronunciado aquellas palabras. En lugar de aliviar su pesadumbre, se sintió todavía peor que antes. Y pensó que la victoria que llega de manos de la venganza es más bien amarga. Además, no era del todo cierto lo que había dicho. Únicamente en una ocasión mantuvo una fortuita relación sexual, que por cierto no llegó a durar más de diez minutos. «Una infidelidad de diez minutos», pensó un poco más animado.

—No es cierto. Lo siento, Laura. Estaba dolido, y quería hacerte daño —intentó disculparse.

—¿Me dejas tu pañuelo? —respondió Laura en tono burlón y haciendo gesto de ir a sonarse las narices.

Los dos se echaron a reír y poco a poco dieron por concluido el asunto.

Sí, así era mejor. Les quedaba poco tiempo. Dentro de unas pocas horas estarían seguramente muertos —cada vez les restaban menos fuerzas para

continuar asidos al trozo de madera—. ¿Por qué partir llenos de rencor y odio? Laura estaba allí, con él; y él también estaba allí, con ella. El quería a Laura y Laura le quería a él. ¿Qué importancia tenía lo que ocurrió en Azpeitia o lo que pudo suceder en aquella casa de Pasajes hacía no sé cuánto tiempo...? Todo eso era agua pasada y ya no tenía importancia. Además, el ser humano que tiene enfrente de sí la muerte no puede decir adiós a este mundo con su habitual modo de pensar. Eso sería una vulgaridad. Y él odiaba la vulgaridad. Quería pasar por este mundo del mismo modo que pasaba «El Jinete Azul» de Kandinsky, vivir y morir al ritmo de ese galope. Así pues, en esos últimos instantes, ¿por qué tenía que actuar como un delincuente? ¿por qué tenía que ser tan vulgar y cruel como un dictador?

—No tenía que habértelo dicho. Y menos en esta situación...

Escuchó que le decía Laura.

—No tiene importancia. Perdóname también tú a mí —respondió Arkaitz.

A pesar de estar ambos congelados, sintieron un gran calor dentro de sí. Y se dieron cuenta de que habían vuelto a recuperar, no sólo la confianza en sí mismos, sino también en el mundo. Sí, así era mucho mejor. Era muchísimo mejor.

—¡¡Ahí están!! ¡¡Ahí están!! —escucharon de repente cerca de ellos.

Un poderoso foco alumbró la zona en la que se hallaban Laura y Arkaitz. Se escucharon las voces de varios hombres. Pescadores, probablemente. Y también les llegó una voz que se les hizo familiar:

—¡Eh, parejita! Soy yo. El que pesa ciento diez kilos. El que habían intentado liquidar. Imanol Lasarte. He venido a buscaros en compañía de unos amigos. Ja, ja. Así que todavía «soy» rico. Ja, ja, ja. ¡Y eso ahora *sí* que tiene importancia!

Pero Arkaitz se puso furioso. No, él no quería que nadie le salvara. Llevaba demasiadas horas, demasiados días en el mar. Estaba ya completamente hecho a la idea de que iba a morir. ¿Regresar de nuevo? ¿Para qué? La vida real le parecía absurda. Creía que no podría acostumbrarse otra vez a aquél tipo fracasado de vida que llevaba en tierra.

—¡No! —gritó—. ¡No quiero que nadie me salve!

Y pronunciadas esas palabras, se quitó el salvavidas y desapareció bajo el agua.

—¡Arkaitz! ¡Arkaitz! —gritó Laura llena de desesperación—. ¡No puedes hacerme esto! ¡No puedes hacerme esto!

Cuando subieron a Laura a la lancha, todavía repetía sin cesar esas palabras:

—¡No puedes hacerme esto! ¡No puedes hacerme esto!

Súbitamente, surgiendo de forma inesperada del oscuro paño de la noche, vieron a Arkaitz nadando y gritando hacia ellos:

—¡Aguardad! Lo he pensado mejor. Lo he pensado mejor.

Laura de pura felicidad se echó a llorar; Imanol Lasarte, lo celebró con una carcajada; los pescadores se miraban unos a otros sin comprender nada.

Aquél naufragio había llegado a su fin.

FIN